





*Rompió de pronto el sol sobre un claro del
bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por
sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al
tronco negro de los pinos caídos, los racimos
gozosos de los pinos nuevos: ¡Eso somos
nosotros: pinos nuevos!*

JOSÉ MARTÍ

*Unámonos, unámonos a tiempo, que todos
nuestros corazones palpiten como si fuesen uno
solo y así unidos, nuestras veinte capitales se
trocarán en otras tantas centinelas que, al divisar
al orgulloso enemigo, cuando este les pregunte:
¿quién vive? les respondan unánimes, con toda
la fuerza de los pulmones: ¡La América Latina!*

MANUEL UGARTE

Este libro ha sido editado con el esfuerzo conjunto del Instituto Cubano del Libro, las editoriales cubanas, los autores, artistas plásticos, diseñadores, componedores, correctores y editores de Cuba, y el estímulo de un grupo de argentinos memoriosos y agradecidos.





COMISIÓN DE SELECCIÓN

Imeldo Álvarez
Ricardo Viñalet
Mylene Fernández

Edición: Mytil Font Martínez
Dirección artística: Alfredo Montoto Sánchez
Ilustración de cubierta: David Santa Fe
Composición computarizada: Jacqueline Carbó Abreu

© Jorge Alberto Aguiar Díaz, 2002
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2002

ISBN 959-10-0689-6

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba





Para:
Jessica Aguiar Cárdenas: madre aquí, ahora y siempre.
Fina y Glorioso: hijos.
Isabel Marimón Álvarez: por supuesto, por supuestísimo.
Rubén Duarte Díaz: maestro y hermano.
Orlando Luis Pardo Lazo: hermano.
Lizabel Mónica: inspiración
Eduardo Heras León: maestro.

A la memoria de Luisa Velasco Pomos.







¿CÓMO HACEN EL AMOR LOS PATOS?

En Madrid conocí a Johnny P.

Johnny P. era un prófugo y yo un vagabundo.

Dos cubanos que huían del pasado, la mala suerte, la bella y solitaria noche europea.

No es importante saber nuestros verdaderos nombres. Ni él se llamaba Johnny P. ni yo, JAAD. Nuestra historia es lo único que cuenta. Nuestra historia es todo cuanto quiero relatar.

Cuatro días sin bañarme, cuarenta y ocho horas sin comer y mi fortuna no alcanzaba ni para un café. Andaba por España como invitado a un Congreso de Escritores. Pero me largué a las pocas horas de aquellas reuniones. Todo me parecía falso y ampuloso. Comidilla de oportunistas y pendejos. Y sin más me vi de pronto acostumbrándome a vivir en el Metro. Bajo tierra la soledad parece tener fin. Me apeé en *La Puerta del Sol*. Salí a la calle. Cuando vi la luna llena recordé que el universo es infinito.

Johnny P. huía de la policía y de un matón a quien llamaban el *Italiano*. «Me voy cuando yo quiera. Ni el *Italiano* va a sacarme de Madrid ni la policía me va a pillar. Yo me siento libre. Soy libre». Gesticulaba como un loco y no tenía miedo.

Johnny P. era respetado entre árabes, africanos y polacos. Tanto en Callao, Simancas o San Blas,

los inmigrantes lo consideraban un tipo peligroso. Me gustaba decirle *chico malo* y él se reía. Yo deambulaba por los rincones de Madrid. Parecía un topo. A veces, una rata. Tenía que salvar mi pellejo hasta que decidiera si me iba a quedar o regresaría a Cuba. Mi amistad con él fue pura conveniencia.

En otras ocasiones habíamos compartido unos tragos, una noche de juerga, o el techo durante algún tiempo. Coincidimos en la iglesia de la calle Martínez Campos, en el albergue de San Juan de Dios, en Avenida de América, la mejor estación del Metro para dormir, en el comedor de Palos de la Frontera y en Moncloa, donde me invitó a una fiesta *Punks* y en medio de la borrachera me pidió que le escribiera una carta a su madre. «Tienes que hacerme ése favor, JAAD. Ustedes los escritores escriben cosas lindas.»

Después de dos semanas sin vernos nos encontramos aquella noche. Me invitó a una cerveza. Entramos en el primer bar que vimos.

—¿Qué piensas hacer, JAAD?

—Lo mismo de siempre. Buscar trabajo.

—¡Oye, JAAD! ¿Cuándo te vas a guiar por mí? En este país no vale la pena trabajar. Ni en Cuba ni aquí ni en ninguna otra parte.

Buscó en los bolsillos. Tiró dinero sobre la mesa.

—Mira lo que conseguí. Sin currar mucho y mira lo que tengo. Puedes tener la seguridad que cuando te guíes por mí te vas a convertir en un verdadero hombre.

Bebí whisky. Necesitaba algo caliente. Nos acomodamos para ver la televisión. Comenzaba *La Rueda de la Fortuna*.

—Me gusta ése programa. Es divertido ¿verdad, JAAD?

—Claro, la suerte siempre es un asunto divertido.

El conductor de *La Rueda de la Fortuna* también tenía sobrenombre excéntrico. Se llamaba Goyo, anunciaba el premio gordo y se reía. Parecía un hombre feliz.

—Mira esa sonrisa, Johnny P. La envidia. El programa se repite día por día y la risa de Goyo no parece fingida.

—JAAD, eres un tío raro. ¿Por qué te rompes la cabeza pensando tanto?

Brindamos. Él era pequeño y fornido. Casi pelado al rape. Sus ojos y sus manos imponían respeto. Comentó que Goyo se parecía al *Italiano*. Yo no lo conocía pero había escuchado hablar de él. Otro tipo duro. Dos muertos en su cuenta, guardaespaldas, cocaína y un negocio redondo: tráfico de inmigrantes. Le pregunté qué pasaba con el *Italiano*. «Una puta. Todo por una puta. Le caí a golpes y le corté la cara. Las mujeres no debían existir. Solamente la madre de uno. Todas son unas putas». Se quedó mirándome.

—Me prometiste que me ibas a escribir una carta. ¿Se te olvidó, JAAD?

—Claro que no.

—Procura que no se te olvide. Mi madre me enseñó que las promesas hay que cumplirlas. ¿Me estás escuchando, JAAD?

—Sí, te escucho.

—Miguel y yo nunca juramos por gusto ni prometíamos nada sino podíamos cumplirlo. La moral de un hombre empieza por ahí, no lo olvides.

—¿Quién es Miguel?

No contestó. Volví a preguntar. «No importa. No te importa». Y se quedó mirando hacia la calle. «Cuando me escribas la carta le dices a mi madre que Miguel y yo estamos bien ¿me estás escuchando, JAAD? Todo está bien, muy bien. Miguel y yo. Todo a pedir de boca». No pregunté nada más. Bebimos en silencio. Pensé que *La Rueda de la Fortuna* podía ser un buen título para una novela.

Salimos del bar.

Johnny P. no resistía estar mucho tiempo en un sitio. Me invitó a un Burguer King. Habló de Pamela. «La mejor puta de todo Madrid. La diversión sale gratis. Española, linda y con un culo grandísimo». Le había salvado la vida y ella debía agradecerlo en todo momento. Por su forma de hablar comprendí que la vagina de Pamela se había convertido en una tarjeta de créditos. Trabajaba con Ana. «Una dominicana muy loca que hace de todo en la cama. Vamos a pasarla en grande». Después me advirtió que Ana era de las putas de Sadam, el árabe que controlaba la venta ilegal en el Metro por las zonas de Sol, Callao, Gran Vía y Chueca. «Nada de golpes ¿me estás escuchando, JAAD? Gózala pero no la suenes. Pamela no tiene chulo pero Ana es otra historia. Ana es como las putas del *Italiano*».

—No te preocupes. No me gusta darle a las mujeres.

—Eres un niño, JAAD. Las putas dicen que no y lloran pero les encantan los golpes. ¿Cuándo te vas a guiar por mí?

Entramos en otro bar en la calle Arenal. «Las putas terminan de trabajar a medianoche. Otra cerveza. Whisky. Hay que matar el tiempo. Hay que matar al Italiano si sigue jodiendo. Ese hijo de puta no me puede sacar de Madrid ¿entiendes JAAD?»

Nos sentamos a beber. La suerte de un vagabundo no cambia con una borrachera pero al menos se olvida la vieja frase de *Madrid al cielo*.

Pensé en Pamela y Ana. Desde hacía dos meses no tocaba a una mujer. Para los vagabundos las mujeres son un sueño dentro de un sueño. Para las mujeres, los vagabundos son hombres castrados. Di un sorbo largo y encendí otro Camel.

—Necesito algo bien fuerte, Johnny P.

—Pues lo vas a tener, joder. Yo también necesito divertirme. Tengo que gozar con una puta para estar relajado. Mañana hay una operación con Sadam ¿entiendes? Hay que estar *ready*.

Operación con Sadam significaba dinero rápido, contante y sonante. Prendas de vestir, relojes, paraguas y todo lo que el árabe negociaba clandestinamente en su perímetro. El Gallego era el ayudante de Johnny P. en estas operaciones. La carga había que llevarla para el piso de Sadam. Los vendedores, la mayoría africanos, pasaban luego a recogerla.

—¿Y el Gallego? ¿Dónde está tu socio?

—Hace una semana que no lo veo.

Miró su reloj. Era un reloj de oro.

—Buen artefacto.

—Se lo quité a un pijo en la estación de Cuatro Caminos. El tío casi se muere cuando vio la pistola.

Dijo *pistola* y se tocó la cintura por encima del jersey. «Buena puntería es todo lo que necesita un hombre. Un solo tiro a la cabeza. No hay que malgastar balas ni palabras». Johnny P. tenía que cuidarse las espaldas. «Hay hombres que no dan la cara. Una pistola para matar a los cobardes».

La Rueda de la Fortuna había terminado y nosotros seguíamos rodando con la noche. Me habló de sus preferencias por las putas. Una sevillana se enamoró de él, pero Johnny P. no creía en el amor y mucho menos en el matrimonio. «Las mujeres sirven para una sola cosa y para eso están las putas». Prefería ir a La Montera y chantajear a las indocumentadas. «Las amenazas con la policía y te la maman un poco. Se te montan encima y liquidas el asunto en diez minutos». Vestían mal, eran feas y estaban enfermas pero con suerte podía uno encontrarse alguna princesita extraviada. Esas fueron sus palabras. Yo pensé: *princesitas extraviadas en un castillo de hierro que ellas construyen en las nubes*.

—Pamela trabajó en La Montera—continuó—. Pero ya tiene su piso. Ahora recibe a los clientes que la llaman por teléfono. Se anuncia hasta en los diarios.

Hablando con él aprendí que el camino de un tipo duro comienza con las putas. Un tipo duro tiene que saber disfrutar sin pagar un centavo. Después, el hurto, el atraco, el robo con fuerza, la marihuana, el haschich, el tráfico de inmigrantes y la pornografía. La consagración, llegaba con la droga fuerte. Un camino largo donde sobrevive el más

inteligente. Golpes, navajazos o a tiro limpio. «Un tipo inteligente es un tipo que mata, su labia es la sangre».

Pidió otra cerveza. Yo prefería whisky.

Me contó su historia de balsero. Tres días y tres noches en altamar. El sol y la sed y muchos tiburones. «Dame la mano, Johnny P.» y muchos tiburones. «No me dejes solo, Johnny P.» y muchos tiburones. «Me ahogo, coño, me ahogo» y muchos tiburones. No dejó de beber mientras me contó la odisea. Cambió la expresión de su rostro, su gestos, su voz. Único sobreviviente de un grupo de seis. Un portaaviones yanqui lo recogió. Diez días a bordo esperando que la embarcación se llenara con otros balseros para ir a la base militar de Guantánamo. Vio muchos muertos. «Como nunca en mi vida. Veinte, cincuenta, cien. No sé. Muchos, muchos muertos». El mar no era azul. El mar se tiñó de rojo. Johnny P. quería olvidar la sangre, los cuerpos mutilados, y sobretodo la última expresión de Miguel.

—¿Quién es Miguel?

Siguió hablando. Una cerveza tras otra y miraba su sombra en el suelo, en la pared, en el techo del bar. Tres meses en Guantánamo. Treinta mil cubanos en casas de campaña. El traslado a Panamá. Los mosquitos y el fango. Una aventura de un año para entrar en los Estados Unidos y la mala suerte de terminar en España.

—¿Tú nunca trataste de salir de Cuba en una balsa?

—Siempre tuve miedo.

—Yo también, JAAD. Pero hay una sola forma de no tener miedo. ¿Sabes cómo se quita?

Dije que no.

—El día que veas delante de ti a la muerte.

Pensé en la pistola de Johnny P.

Pensé en mi muerte.

Pensé en su muerte.

—¿Quién era Miguel?

—Los hombres no estamos hechos de carne y hueso. Eso es mentira. Los hombres estamos hechos de miedo.

—¿Quién era Miguel?

—¿Por qué no te callas, JAAD? ¿Tiene importancia saber quien fue Miguel? El pasado está muerto.

—Eres tú quien habla del pasado. Tal vez tú vivas todavía en ese pasado.

Nos miramos fijamente. Él me respetaba por mi discreción y porque nunca andaba quejándome. Soporté el hambre, el frío y la falta de dinero sin rebajarme. Vio mis peleas con el polaco y el angolano en un albergue de Simancas. Terminé hecho polvo, sin un diente y con la cabeza partida, pero sin dar un paso atrás ni salir corriendo. Johnny P. no me consideraba un pendejo. Sin embargo, no debía olvidar que él no lo pensaba dos veces para rajarle el cráneo a cualquiera. Lo hizo en el barrio chino a un marroquí. Le partió dos costillas a un catalán en Sevilla. Le cortó la cara a otro cubano en Valencia. Yo tenía que ser cauteloso. Johnny P. no era un parlanchín.

—No vivo en el pasado, JAAD. Yo visito el pasado. Es diferente ¿entiendes? Visito el pasado como si visitara un cementerio.

Hizo una pausa. Me miró con ojos de animal indomable y agregó:

—Puedo oler el miedo. Soy como los perros. Puedo saber cuando tú o cualquiera tienen miedo.

Era preferible que me mantuviera en silencio.

—Oler el miedo es peor que la mierda, JAAD.

Se levantó y pidió la cuenta. Necesitaba entrar en acción.

—Lucha contra tu miedo y riéte. La risa es el mejor purgante contra el miedo y el dolor.

Salimos a la calle.

Nos esperaba la noche madrileña preñada de luces artificiales y oscuridad real.

Llegamos a casa de Pamela.

—¿Por qué no llamásteis antes de venir? —dijo ella de malhumor.

Entramos.

La dominicana estaba semidesnuda y acostada en el sofá. Tendría veinte años.

—Esperamos un cliente —dijo.

—No importa —dijo Johnny P.—. Tú te ocupas del tío que va a venir y Pamela me atiende a mí.

—No puedo —dijo Pamela.

—¿Cómo qué no puedes?

—No puedo. El tío quiere un completo con las dos. Un dúplex. De veras Johnny P. tenéis que irte.

—¿Que yo tengo que irme?

Johnny P. se acercó a la dominicana.

Sacó la pistola y la dejó sobre la mesa.

—Llevar un arma es como llevar una cruz —sentenció y se tumbó en el sofá.

Pamela se sentó a su lado.

—Okey. Puedo esperar. Cuando ustedes acaben con el tío empezamos nosotros cuatro. JAAD necesita limpiar su instrumento pero también puede esperar.

—Yo sí que me voy cuando termine con el cliente —dijo Ana.

—Tú también te quedas.

Ana se levantó y fue hasta la cocina.

—Déjala, Johnny P. Yo me quedo contigo y con tu amigo. Ana está cansada y la semana le ha ido fatal.

—¿Y a mi qué carajo me importa? Las putas no se pueden cansar. Pregúntale a JAAD. Las putas sólo se cansan en las novelas.

Pamela explicó que Ana tenía una deuda con Sadam y en los últimos días sólo había conseguido diez mil pelas. Cuando el árabe regresara de Barcelona había que liquidarle la pasta.

—¿Sadam está en Barcelona? —interrumpió Johnny P.

—Sí, anda con un portugués en un negocio.

—¿Con un portugués? ¿Qué tipo de negocio?

—No sé. No sé nada. ¿Cómo quieres que lo sepa?

Johnny P. me miró contrariado. Dijo que algo no marchaba bien.

—¿Cuándo regresa Sadam?

Pamela llamó a Ana.

La muchacha regresó con una cerveza y se sentó en silencio.

Miró la pistola.

Se demoró en responder.

—Dentro de dos semanas.

—¿Qué coño pasa, JAAD?

Me recordó que él y Sadam tenían que verse al día siguiente para transportar la mercancía. Caminó de un lado a otro de la habitación. Necesitaba pensar.

—Mañana es la operacion. Sadam no puede estar fuera de Madrid. ¿Cómo coño ese árabe de mierda va a estar en Barcelona?

Miró su pistola.

—¿Tú no me estás engañando?

Ana dijo que no.

—JAAD, me quieren joder. Estas putas me quieren joder.

Cogió el arma.

—Deja eso —dije—. No hay por qué alarmarse. No ha pasado nada. Simplemente que Sadam no está en Madrid.

—¿Qué sabes tú de putas, JAAD? Tú tienes poca experiencia de la vida.

Ana cruzó las piernas y siguió fumando y bebiendo como si nada ocurriera.

Pamela se levantó.

—¡SIÉNTATE!

Se sentó. Él puso otra vez el arma sobre la mesa.

—¿Estas putas estarán diciendo la verdad, JAAD?

—Claro —dijo Pamela—. No tengo por qué engañarte. Créeme. Sadam no está en Madrid.

—¿Tengo que confiar en ti, puta de mierda?

—Yo no sé lo que pasa, Johnny P. Sólo te puedo asegurar que no te estoy engañando.

Johnny P. me aclaró que tenía motivos para preocuparse. En mi vida, una confusión semejante podía ser algo sin importancia pero en la suya no lo sería jamás.

Ana y yo miramos el revólver.

Él podía oler el miedo. Yo, el peligro.

Calculé la distancia. Ana estaba más cerca de la mesa. Todas las putas saben huir pero muy pocas saben matar. Me aproximé al arma.

Pamela repitió que debíamos irnos.

—¿Por qué quieres que me vaya? ¿Quién me quiere joder? Dime Pamela. ¿Quién me quiere joder?

—Nadie —contestó Ana.

En ése momento sonó el portero electrónico.

—Llegó el cliente —dijo Pamela.

Johnny P. cogió otra vez la pistola. Ana se levantó y fue hasta el vestíbulo para contestar la llamada.

—Sadam me quiere joder, JAAD. ¿No es verdad, Pamela?

—No sé, de veras que no sé.

—No puedo confiar en nadie, JAAD. Eso es lo peor. Sadam no tiene por qué pasarme la cuenta pero no puedo descuidarme.

—Vamos a su casa.

—No. Esto es una trampa del *Italiano*.

Ana regresó.

—El tío va a subir.

Johnny P. sonrió.

—Hay tiempo para todo —dijo—. En la vida hay tiempo para todo.

Le recordó a Pamela que quería divertirse. Cuando el cliente se marchara ella tenía que atenderlo.

—Vamos a divertirnos los cuatro.
—Ya dije que me voy —repitió la dominicana.
—Tú haces lo que yo diga. ¿Está claro? Yo soy Johnny P. y tú eres una puta.

Ana le dio la espalda y fue hasta la puerta. Él se quedó de pie en un rincón de la sala. Me ordenó silencio. Tenía que cerciorarse de que el tipo realmente fuera un cliente.

Ana abrió la puerta.

Alguien entró.

La dominicana lo llevó hasta la habitación.

Johnny P. sacó la cabeza para mirar.

—No hay problemas, JAAD.

Se sentó en el sofá. Cruzó los brazos y pidió algo de beber.

—Apaga la luz—le dijo a Pamela—. No te preocupes por nosotros. No te vamos a arruinar el negocio.

Parecía más relajado. Me miró y sonrió. Pamela nos trajo una botella de whisky barato.

—Johnny P. no confiéis en nadie

—¿Quién me quiere joder? ¿El *Italiano*? ¿Sadam? ¿El Gallego? Dime ¿quién me quiere joder?

—No sé. De veras que no sé. Pero no confiéis en nadie.

Pamela me miró. Apagó la luz y se fue a la habitación donde estaba Ana con el cliente.

—JAAD, ¿puedo confiar en ti?

—¿Qué te dice tu instinto, Johnny P.?

—Que eres un chico bueno.

Se empinó la botella. Dijo que ya no iríamos a la operación. Sí, era una trampa. Alguien quería joderlo.

—Voy a ser un tipo grande. Tengo un sexto sentido muy desarrollado. Me quieren joder y me di cuenta enseguida.

—No sé, Johnny P. Vivimos en mundos diferentes. No entiendo. ¿Por qué estás ahora tan relajado? ¿No estarás bajando la guardia?

—Claro que no. Yo sé lo que estoy haciendo. ¿Tú has leído el *Eclesiastés*?

—Estoy preocupado, Johnny P. Pensé que el cliente que estaba subiendo...

—Nada de eso, JAAD. Todavía tienes que aprender. El *Italiano* no va venir aquí a pasarme la cuenta.

La puerta de la habitación estaba cerrada pero escuché los susurros y el bisbiseo baboso del cliente.

—Si Miguel estuviera aquí todo sería distinto.

—¿Por qué?

—Nunca me hizo una mala jugada. Podía confiar en él.

No me gustaba hablar sin verle la cara. Su voz parecía de ultratumba.

—Recuerdo su última expresión. Nunca podré olvidarlo. He visto morir a otros hombres pero olvidé sus caras. Sabes, no hay nada especial en la expresión de un hombre cuando va a morir. No confundas el dolor con la cobardía. ¿Me estás escuchando, JAAD? Pero la cara de Miguel no puedo olvidarla. Creo que estaba llorando.

Sentí cómo se movía en su asiento. Hablaba despacio.

—Tú eres el único que sabe la verdad. A nadie le he contado lo que pasó. Le hablo a la gente de Miguel como si de pronto pudiera entrar por esa puerta.

—Tienes que olvidarlo.

—Olvidar es más difícil que matar.

No dije nada más. Cuando un tipo duro se confiesa te compromete no sólo con el pasado sino con su futuro. Es preferible, entonces, estar como ausente.

—¿Tú crees en Dios, JAAD?

Tenía la botella y el revólver. Pensé que estaba bebiendo demasiado.

—¿En quién puedo confiar? ¿Tú sabes lo que eso significa?

Le pedí la botella.

Podíamos escuchar lo que pasaba en el cuarto. Las mujeres fingían. El cliente gozaba.

También escuché cuando Johnny P. colocó la pistola sobre la mesa.

—Si quieres la guardo yo.

—¿Qué cosa?

—La pistola.

—¿Tú eres adivino o puedes ver en la oscuridad, JAAD?

Me reí.

—El instinto.

—Mentira. Eres un chico bueno para tener un instinto tan bien entrenado. Lo que pasa es que tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Sí tienes miedo. Tengo buen olfato. ¿No es verdad que tienes miedo?

Dijo que me podía ir cuando yo lo quisiera. «El miedo no te deja pensar», se burló. Me estaba probando. Tenía que resistir. Abandonarlo era pasar-

me del lado de sus enemigos. El miedo es la peor traición.

—¿Sabes cuál es el mejor purgante contra el miedo y el dolor, JAAD?

—Ya me lo dijiste.

—Entonces, ríete. Ríete siempre.

Me sonreí para que me oyera.

—¿Tú puedes ver en la oscuridad, JAAD?

—Nadie puede hacerlo.

—Yo sí puedo. ¿Quién te dijo que no se puede? Durante tres años pude verlo todo en la oscuridad. Cualquier movimiento de los otros. Debe ser éso que tú dices, el instinto. Pero tú no lo tienes, JAAD, no te engañes.

—¿Por qué me subestimas, Johnny P.?

—Tú nunca has estado en cana. En la prisión se descubre y se entrena el instinto. Es la gran universidad, chico bueno.

Pamela y Ana comenzaron a gritar. Escuchamos las palabrotas del cliente. Me mantuve en silencio. Johnny P. continuó hablando.

—En el tanque se aprende la verdad de la vida. Todos los escritores deberían pasar por la cárcel antes de escribir sus novelas. Todo se aprende ahí dentro, JAAD. ¿Estás escuchando a las putas?

Sí, escuchaba. Jugaban a ser felices.

—Puedo saber cuándo grita Pamela. Conozco sus gritos. Eso lo aprendes en la cárcel. Aprendes a ver en la oscuridad. Llega un momento en que sabes quién grita, a quién le cogen el culo a la fuerza o quien lo da por miedo, por comida, por tener un marido que lo cuide. ¿Sabes en que se parece una

cárcel a una iglesia? Claro que no, JAAD, claro que no lo sabes. Son los lugares donde más la gente reza y le pide a Dios.

Un rato después todo había terminado. Ana acompañó al tipo hasta la salida y regresó a la sala. Encendió la luz y se desplomo en el sofá.

—Me da lástima con Pamela. Pobre Pamela. El tío era un animal.

Johnny P. se levantó y fue a verla. Le pregunté a Ana qué había sucedido.

—El tío tenía una polla grandísima y pagó doble por hacerle un griego a Pamela.

Un griego. La primera vez que oí esa frase me dio risa. Un griego. Dar por culo. En la cuna de la civilización daban por culo.

Ana fue hasta el espejo. Vi en su rostro el cansancio de tantos días, el cansancio de tantos años. Me acordé del premio gordo de *La Rueda de la Fortuna*. Me acordé de Goyo. Me acordé que el *Italiano* se parecía a Goyo.

—¡QUE ME DUELE!

—¡HAZ LO QUE TE DIGO, CACHO DE PUTA!

—¡NO QUIERO. QUE ME DUELE. DÉJAME SOLA!

—¡HAZ LO QUE TE DIGO, CACHO DE PUTA!

—¡QUE ME DUELE MUCHO, JOHNNY P. DÉJAME SOLA, POR FAVOR!

Ana y yo fuimos hasta la habitación.

—¡POR FAVOR, JOHNNY P. ME DUELE. POR FAVOR, DÉJAME SOLA!

Pamela se resistía bocarriba. El quería metérsela por detrás. Ella decía que no. El pegaba más fuerte. Ana me dijo que hiciera algo. Me senté a beber.

—No es la primera vez que esto ocurre —dijo Ana.

—¿Y después, qué hace tu amiga?

—Pamela no es mi amiga. Trabajamos juntas. Nada más que eso.

—¿Pero, dime y qué coño hace ella?

—¿Y qué coño harías tú, cubanito?!

Terminé con el whisky. Puse la botella vacía en la mesa. Miré la pistola. *Una botella vacía y una pistola.* Pensé en otro título para mi novela.

—El fin de Johnny P. está cerca —dijo ella.

—¿Quién lo va a matar? ¿Tú?

—¿Yo? Te equivocaste, cubanito. Ana vino a este país a levantar cabeza no para matar a tu amigo gilipollas.

—Johnny P. no es mi amigo.

Pamela comprendió que había que terminar de algún modo. Empinó la cadera. Johnny P. abrió las piernas de la muchacha. Se colocó frente a su trasero. Hurgó en el ano. Metió un dedo. Dos. Johnny P. hacía aquello para activar su miembro. Ella estaba abierta en todo su esplendor y sangraba. El ordenó que se limpiara. Su pene parecía de juguete y no quería colaborar. Los golpes no cesaron. Ella mordió las sábanas. Él limpiaba la sangre. Quería penetrarla y hacerla gozar pero no podía. Y la golpeaba y limpiaba la sangre y cogió un vibrador y se lo colocó alrededor de la cintura y por fin la perforó. Lo metió todo.

—Mira cómo tengo la polla ¿La sientes? Es mi polla grande y caliente. Te gusta ¿verdad? Dímelo. ¿Soy o no soy el mejor de todos?

Me dio miedo la cara de Johnny P. Se había transfigurado. Parecía una bestia. Se movía y golpeaba con rabia las nalgas de Pamela.

—Te gusta suplicar y que te cojan el culo a la fuerza. Te gustaba saber que yo te protejo y te cuido. Dime, ¿no es verdad, puta de mierda?

Se levantó y dejó el vibrador dentro de ella. Clavado hasta el fondo. Diez pulgadas de látex. La tiró contra el suelo. Una pelota de carne y hueso dando volteretas por el cuarto. Con las sábanas le ató las manos y limpió la sangre. Ella estaba arrodillada. Cerró los ojos y Johnny P. orinó en su boca. Limpió la sangre y dijo *pídele perdón a tu macho* y limpió la sangre y apagó la luz y no pude ver nada más.

Escuché los golpes y la cantaleta que él repetía y repetía y a lo lejos, en un susurro, escuché el llanto de la muchacha.

Regresé a la sala.

Ana había recogido sus cosas para marcharse. Yo también decidí irme.

—¿De verdad que tú y ese hijo de puta no son amigos?

—Te dije que no. Ando con él por conveniencia.

—Entonces, no te preocupes. El fin de Johnny P. está cerca Vamos, te invito a unos tragos en el bar de Paco.

Nos largamos.

Antes de salir, y sin que Ana me viera, cogí la pistola de Johnny P.

Caminábamos con lentitud. JAAD, el vagabundo, y una puta dominicana disfrutando de la vida nocturna en un país extranjero.

Me reí por la ocurrencia. Pero la vida, diurna o nocturna, en aquella ciudad, en La Habana o en cualquier otro sitio, tenía que ser algo más. El mar, la cárcel, tiburones, putas, sádicos, programas de la tele, discursos políticos, limosneros, pistolas, todo eso existía pero la vida tenía que ser algo más.

Le conté a Ana cómo Johnny P. y yo nos conocimos. Casualidades. La primera vez que lo vi fue en un albergue. Más tarde en el comedor para inmigrantes. Después, en el dormitorio de San Juan de Dios, la noche que los árabes intentaron golpearme en Saíz de Baranda y me gané la fama de tipo cojonudo. Cuando los árabes me tenían cercado aparecieron los Cabezas Rapadas. Me quedé imperturbable. Todos los inmigrantes se fueron corriendo. Nadie en el Metro. Nos quedamos solamente ellos y yo. Los Cabezas Rapadas pasaron por mi lado, armados, dispuestos a ver correr la sangre. Y yo, en medio del grupo, desafiándolos por haberme quedado cuando se suponía que debía correr. Los árabes, los rusos y todos los sudacas de la zona corrieron la voz de que el cubano era un tipo sin miedo, un loco. Y llegó a oídos de Johnny P. Nadie supo nunca que fue el pánico lo que me paralizó. Una semana más tarde me topé con un colombiano que me propuso vender tabaco a contrabando y apareció otra vez Johnny P. que conocía al tipo. Casualidades. Eso es la vida. Una necesidad tras otra y una casualidad tras otra.

Ana me escuchó en silencio. Cuando llegamos al bar de Paco me dijo que el final estaba cerca. Debía alejarme de él si yo quería seguir vivo y en Madrid.

Nos sentamos a beber.

Sadam, Pamela, Ana, tal vez el Gallego, y hasta Paco, todos eran cómplices. Todos querían deshacerse de Johnny P. Toqué la pistola en mi cintura.

Paco era un cantinero con aspecto de payaso. Ana le contó lo sucedido en el piso de Pamela.

—Si quieres llamo al *Italiano* —dijo Paco—.

Tomamos cerveza Maho. No había nadie más en el salón. Necesitaba algo frío. Necesitaba estar vivo y en Madrid. Necesitaba ser leal en el mundo de los tramposos.

Miré la cara estrujada de Paco. El odio y la alegría en la cara vieja de aquella mujer de veinte años. Intenté imaginarme la cara del *Italiano*. Miré mi propia cara en el espejo. Volví a tocar la pistola.

—¿Siempre vienes aquí?

—Sí. Después de trabajar. A veces vengo con Pamela.

—¿Cuánto le debes a Sadam?

—Oye, cubanito, eso no te importa.

—¿Y cuánto le debes al *Italiano*?

—¡Pero, bueno hombre! ¿Tú estás de parte de Johnny P.? ¿Qué te importa a ti mi vida? ¡Cuidado no te busques líos con el *Italiano* y con Sadam!

—Chaval, ésa gente siempre está armada, son la hostia.

Se abrió la puerta del bar y apareció Johnny P.

Se dirigió a nuestra mesa como un bólido. Todo fue rápido. Muy rápido.

—¡DÉJAME, JOHNNY P.!

Ana gritó y Paco se echó a un lado. Me quedé sentado sin tiempo para reaccionar.

—¿Dónde está mi pistola puta de mierda?

No esperó respuesta. La tiró contra la pared y la dejó sin aire de una patada en el estómago.

—Yo mato a quien me robe la pistola. Conmigo no se juega. ¿Estás oyendo puta de mierda?

Me miró. Preguntó si yo había cogido su arma y respondí que no. Paco suplicó que no quería problemas en el bar pero se calló cuando él lo amenazó.

Ana sangraba por la boca. Johnny P. le ordenó que se limpiara. Ana lloraba y amenazó con Sadam. «Soy una puta de Sadam y no se me puede tocar». Fue todo lo que pudo decir. Ana se confió demasiado. Quizás llegó a pensar que era una puta invisible.

—Yo me siento libre. Soy libre, puta de mierda. Sadam sabe que yo mato por mi pistola.

Paco me miró.

Me miró y cogió el teléfono.

Se quedó tieso con el auricular en la mano. Esperaba mi reacción.

Tragó en seco. El gordo buscaba mi aprobación para llamar a alguien.

No dije ni hice nada. Me quedé sentado pensando que la lealtad en el mundo de los tramposos puede confundirse con la sumisión.

Paco marcó un número. Dijo dos o tres palabras en voz baja y colgó.

Johnny P. había empujado a Ana hacia los servicios. La tiró por la escalera. Le dijo a Paco que cerrara el bar y nos obligó a seguirlo. Cogió una botella de wisky y se la empinó.

—No debes seguir tomando —dije—. Será mejor que estés claro.

—¿Quién coño te pidió consejo? Ahora voy a seguir divirtiéndome, JAAD. Y tú vas a singarte a la puta.

Ana tuvo que quitarse la ropa. Johnny P. me ordenó que la montara. Dije que no. Me amenazó. Nos miramos fijamente. Me negué dos, tres, cuatro veces y soporté las ofensas. Me mantuve tranquilo.

Paco tuvo que subirse arriba de Ana y metérsela por detrás. Johnny P. le permitía un momento de diversión. Con dos movimientos el gordo terminó. Ana quedó inmóvil. Johnny P. se volvió y me dijo:

—Vamos, JAAD. Es tu turno. La puta no ha gozado con el gordo. Enséñale lo que es un macho. Arriba, JAAD, guíate por mí y vas a ser un hombre.

—Hazlo tú.

—Yo evacué con Pamela, JAAD. Le metí mi torpedo grande y duro y estoy feliz. Pamela es mi hembra. Esta puerca es la puta de Sadam y no me gusta. Vamos, te toca a ti.

—Te dije que no.

Johnny P. me miró y se empinó la botella. Estaba borracho.

Comenzó a tambalearse y darle patadas a Ana.

—¿DÓNDE ESTÁ MI PISTOLA, CACHO DE PUTA?

Cada vez que la muchacha trataba de decir algo él la callaba a patadas. La arrastró hasta el inodoro y le hundió la cabeza. No hice nada. Hay momentos en la vida en que el altruismo se convierte en chatarra. Toqué la pistola por encima de la ropa. Pero no hice nada. Un hombre puede estar armado y desalmado. Comprendí que todo es mierda, chatarra y putas en el inodoro.

—Paco, súbete otra vez. Dale por culo. Siempre por culo. Las putas y los maricones son la misma cosa.

Paco se incorporó e hizo un esfuerzo para penetrarla. Ella no se atrevió a sacar la cabeza del excusado.

—Gracias, Johnny P. —dijo el gordo cuando terminó—. He gozado mucho.

—Putade mierda. ¿Dónde está mi pistola?

Paco me miró desconsolado.

—La pistola debe de estar en su cartera —dije.

—Traéla. Ve y traéla. Quiero mi pistola. Es todo lo que tengo. ¿Me estás escuchando, JAAD?

Subí la escalera.

Johnny P. rompió la botella contra la pared.

Cogió un pedazo de cristal. Se acercó a Ana. Le cortó una nalga y empezó a reír.

Llegué arriba.

Escondí la cartera de Ana detrás del mostrador. Lo llamé.

—Tráeme la pistola, JAAD.

—Tienes que subir.

—Tráeme la pistola, hijo de puta. Tráeme la cartera y la pistola.

Me acerqué al teléfono. No sabía qué hacer.
Miré hacia todas direcciones.
Vi a través de las ventanas a dos tipos detrás de la puerta, en la acera.
En ese instante fue que vi a los dos tipos esperando.
Dos hombres que esperaban en la acera.
Regresé al baño.
Paco limpiaba la sangre. Ana lloraba. Johnny P. estaba sentado en un rincón.
—¿No vas a cumplir mis órdenes, JAAD?
Le dije que debía volver a casa de Pamela. Ana no tenía la pistola.
—En el piso de Pamela no está. Busqué por todos lados.
—Regresa y vuelve a buscar. Tiene que estar allí.
—No, JAAD. La dejé en la sala, en la mesa de la sala. Esta puta la cogió.
—La puta no la tiene, Johnny P. A lo mejor la escondió. Tiene que estar en el piso de Pamela.
—¿Seguro, JAAD?
—Claro, Johnny P. ¿Dónde coño va a estar?
Ana trató de decir algo. Johnny P. la golpeó otra vez.
—¿Tú no la tienes, JAAD?
Caminó hacia donde yo estaba. Nos miramos. Abrí los brazos para que me revisara. Se rió. Me pasó la mano por la cabeza y me dió la espalda.
Subió la escalera. Estuvo a punto de caer.
—¿Puedo confiar en ti?
—¿Qué te dice tu instinto?
—Que tienes miedo, JAAD. Tienes mucho miedo.
Llegó al final de la escalera y se volvió para decirme.

—No estás preparado para esta vida. Guíate por mí, JAAD. Deberías comprarte una pistola.
Salió a la calle.

Una hora después subí la escalera.

Despacio.

Conté los peldaños.

Salí del bar.

La frialdad de la noche se transformaba en un frío amanecer.

Lo recogí del pavimento.

Allí estaba.

Como un animal.

Tirado.

Le sangraban las cejas, las nariz y la boca. Tenía un brazo inmovilizado y cuando empezó a caminar tuvo que apoyarse en mí para mantener el equilibrio.

Vomitó.

Escupió un diente.

Tenía una cortada en el pómulo derecho.

Me dijo que le limpiara la sangre.

En ningún momento se quejó.

No quiso ir al hospital ni a la iglesia.

Johnny P. tenía que irse de Madrid. La última advertencia del *Italiano* precipitaba las cosas, definía la guerra, ponía en juego la hombría, el orgullo, el valor para soportar los golpes.

Johnny P. no vociferó ni alardeó ni hizo juramentos.

La suerte estaba echada. Mañana, al día siguiente, la próxima semana, en cualquier momento y en

cualquier lugar el final ya era el final. Johnny P. o el *Italiano*. La ley de los hombres: tú o yo.

—Me siento libre, JAAD. Soy un hombre libre. Me voy de Madrid cuando yo quiera.

—Necesitas descansar.

—Yo sé lo que necesito. No me digas lo que tengo que hacer. Yo estoy bien, no pasa nada.

—Tienes que curarte. Tienes que descansar.

—Cállate, JAAD. Yo estoy bien. Estoy borracho, nada más. Por eso me sorprendieron. Borracho y sin pistola.

Caminamos hasta la estación del Metro. A esa hora abrían las puertas. Mucha gente nos miró. A nadie le interesaba aquel espectáculo. Teníamos toda la libertad del mundo para actuar y toda la soledad para tomar nuestras propias decisiones.

—Llévame a *Puerta del Ángel*.

—Estamos en Callao. Es muy lejos.

—Haz lo que te digo, JAAD. Llévame a *Puerta del Ángel*.

—¿Qué vamos a hacer allá? ¿Te has vuelto loco? Es muy lejos.

—¿Esto es sangre, JAAD? Vamos, límpiame la sangre. ¡LÍMPIAME LA SANGRE!

Hablaba con dificultad. Sacaba fuerzas. Se llevó las manos a la cabeza. Le dolía el cráneo. Vomitó. Se echó a reír. Todo pasaría rápido. Yo no debía preocuparme. «Todo está bien, JAAD, todo está bien». Hablaba y se reía pero nunca se quejó.

Tampoco dejó de reírse.

Cuando llegamos a *Puerta del Ángel* era de día.

—Mira el río, JAAD. Este es el lugar más bello de Madrid. Es todo lo que necesito. El río y la limpieza de este lugar. ¿No es bonito, chico bueno?

Vi por primera vez el río Manzanares. Me acordé del Almendares. La Habana y Madrid tienen un río para limpiar tanto dolor y tanta suciedad.

Nos sentamos en un banco.

Johnny P. respiraba con problemas.

—Me gusta venir a ver los patos, JAAD. ¿No te gustan los patos?

—¿Qué vamos hacer, Johnny P.?

—No seas flojo. Esto pasa. Mira los patos. Quiero que veas los patos.

Estaba pálido.

—¿Me limpiaste la sangre?

Le dije que sí.

—¿Toda la sangre? ¿Me limpiaste toda la sangre?

Le dije que sí.

—Un buen lugar para que me escribas la carta, JAAD. ¿Tú no me prometiste que me ibas a escribir una carta para mi madre?

—Sí, Johnny P. Te lo prometí.

—Una carta bien linda ¿entiendes? Ustedes los escritores escriben cosas lindas. Cada vez que abro un libro todo está escrito de una manera especial. JAAD, las palabras no se parecen a la vida.

—¿Por qué no te duermes?

—Quiero que en la carta le pongas a mi madre que todo va a salir bien. Recuerda que en Cuba la gente no vive en el presente.

Hablaba despacio y miraba al río.

—En aquel país de mierda todo el mundo vive metido en el pasado o en el futuro. Recuerda eso y vas a entender por qué las cartas tiene que ser lindas, con palabras sacadas de los libros.

Me quedé en silencio.

—¿En el río Almedares hay patos, JAAD?

—Claro que no. La gente se los comería.

Nos reímos.

Nos reímos sin parar.

—Bueno, no importa. Dile a mi madre que tengo un piso cerca del Manzanares y que todas las mañanas cuando abro las ventanas veo el río y los patos.

—De acuerdo.

Le tiré el brazo por encima del hombro.

Me dolía la cabeza.

—¿En los ríos hay tiburones, JAAD?

—Claro que no. Pero cállate. Tienes que descansar.

—Vamos a bañarnos en el río. No hay peligro. Tienes que volver a sentirte como un niño.

—Tienes que descansar. Ya no sabes ni lo que dices. Duérmete y descansa un poco.

Estaba temblando.

—Mira los patos. Son hermosos. Es todo lo que necesito. Los patos y el río. ¿Cómo hacen el amor los patos? ¿Cómo hacen el amor los patos, JAAD? Dime ¿cómo hacen el amor los patos?

Volvió a escupir sangre. Limpió el salivazo con los pies. Me repitió que aquel lugar era el más hermoso y limpio de Madrid.

—¿Tú puedes oler el miedo?

—¿Por qué me preguntas eso?
—Por nada. Quiero saber. ¿Tú puedes oler el miedo?
—No, no puedo, Johnny P.
Recostó su cabeza en mi hombro.
—¿Por fin, qué vamos a hacer?
—No te preocupes. Si quieres te prometo que el *Italiano* no va a sacarme de Madrid. ¿Quieres que te lo prometa, JAAD?
—No. Quiero saber qué vamos a hacer.
—Con calma. Tienes que leer el *Eclesiastés*. En la vida hay tiempo para todo. Un tiempo para vivir y un tiempo para morir.
Tenía frío.
Lo abracé.
Me repitió que me quedara viendo los patos y vigilando por si venía el *Italiano*.
Por primera vez me pidió que no lo dejara solo.
Tenía frío y habló del sol de Cuba.
Lo abracé más fuerte.
Cerró los ojos.
—¿Qué puede hacer una puta con una pistola? Dime, Johnny P. ¿Qué coño puede hacer una puta con una pistola?
—Eso mismo me pregunto yo, JAAD. ¿Qué puede hacer una puta con una pistola si no va a utilizarla en el momento en que hay que utilizarla?
Nos quedamos en silencio.
Sentados en aquel banco.
Dos cubanos que huyen del futuro, de la mala suerte, del bello y solitario amanecer europeo.
Johnny P. era un prófugo y yo un vagabundo.



Él se fue quedando dormido y yo miraba los patos.
Sólo eso. Johnny P. dormía y JAAD miraba los patos.



PUTAS EN MINIATURA

Tenía un culo de veinte, una cara de sesenta pero no llegaba a los quince años.

Todas las tardes la veía pasar por la calle Obispo hacia el café París o la Bodeguita del Medio.

Se llamaba Sailín. Yo le decía *chica bonsai*.

—¿Cuándo me vas a dedicar una noche, *chica bonsai*?

—Nunca, JAAD.,

—Aunque sea una hora, *chica bonsai*. Me conformo con una hora.

—Nunca, JAAD. Ustedes los cubanos no tienen fulas pa' pagarme.

—JAAD, no es cubano, *chica bonsai*. Soy un marciano que nació en Saturno y vive en la Tierra.

—No importa de dónde eres, JAAD. No tienes dólares. Estás liquidao.

Ella, sin embargo, era demasiado optimista. No había pensado que la buena suerte dura poco en La Habana Vieja.

Una noche necesitó ayuda.

Nunca supe por qué me buscó. Quizás por el miedo o la soledad en que vivía. Tal vez porque parecía un cura con mi calva o un tipo asexual por haber perdido cuatro dientes. Pesaba cincuenta kilos y parecía inofensivo. Me había confundido con un payaso.

Lo cierto es que estaba frente a mí provocativa y hermosa.

—Oye, JAAD. Estoy metí' a en tremendo lío.

Tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Me gustaba su pelo largo y encrespado y su pavoneo todavía infantil.

—Hay un muerto. Yo no sé cómo fue pero hay un muerto.

Me abrazó.

—¿Te está buscando la policía?

—No sé. No sé na', JAAD. Vámonos de aquí.

—¿Pero adónde? Yo no tengo un centavo ni dónde meterme.

—¿Me vas a ayudar, sí o no?

—Claro. Claro que te voy a ayudar

Abrió el monedero y me dio cinco dólares. Me dijo que iríamos a la casa donde ella algunas veces pasaba las noches con los extranjeros. Yo debía pagarle a la dueña y no decir nada más. La miré en silencio. Tragué en seco y la acompañé.

—Te advertí que aquí no quería cubanos —dijo la mujer cuando llegamos.

—No hay problemas, mi china. Este es JAAD, un amigo de confianza.

—¿JAAD? ¡Qué nombre tan feo!

Sailín le explicó que yo pagaba bien. La dueña, con sus trescientas libras, me miró de arriba a abajo y comentó que tenía aspecto de policía.

Pedí un poco de agua.

—¿Ves lo que te digo? Los cubanos no hacen otra cosa que pedir. Después, pagan una mierda, lo

comentan todo en cualquier esquina y buscan problemas cuando se emborrachan.

Se fue hasta el fondo de la casa para traer el agua.

El lugar se veía limpio, decorado con objetos de yeso, flores plásticas y un altar para los santos lleno de caramelos, dulces y dinero.

Sailín me dio otros cinco dólares. Cuando la mujer regresó se los puse en las manos callosas y manchadas y le dije:

—JAAD, paga bien, no se emborracha, es mudo y si fuera policía la mitad de La Habana estuviera en el tanque.

La gorda quedó feliz con los diez fulas y habló bien de algunos cubanos.

Sailín y yo entramos en la habitación.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Esperar.

Se sentó en la cama.

Conecté el ventilador.

Abrí la ventana y me asomé.

—¿Esperar? ¿Qué vamos a esperar?

La *chica bonsai* no contestó. Se quedó abstraída mientras fumaba.

El cuarto era pequeño. Paredes sin pintar. Cama con sábanas limpias, una silla, una mesa y una puerta que conducía al baño.

—¿Será conveniente estar aquí?

—No tengo adonde ir.

—¿Y dónde vives?

—Con Kenia. Alquilamos un cuarto en la calle Esperanza pero allí no puedo ir ¿entiendes? La policía ya debe estar buscándome.

—¿Quién es Kenia?

Me senté a su lado.

—Mi amiga. Es de mi pueblo pero hace dos años que vive en La Habana.

—¿Qué edad tienes? ¿Catorce? ¿Quince?

—¿Qué importa eso, JAAD! ¿Me vas a ayudar si o no? Acaricié su pelo.

Me gustaba su boca. Sus dientes. Su lengua rojísima, gorda, juguetona.

—Cuéntame lo que pasó. Si quieres que te ayude me tienes que contar lo qué pasó.

—No sé na' JAAD, te lo juro. El alemán estaba con Kenia en el cuarto y yo estaba en el baño.

—¿Un turista? ¿El muerto es un turista?

—Sí, pero yo no sé lo qué pasó. Soy inocente.

—¿Dónde fue eso? ¿Dónde estaban ustedes?

—En un hotel. El yuma le pasó dinero a un policía y al tipo de la puerta y subimos sin problemas. ¿Quién se iba a imaginar que iba a pasar esto?

—¿Y dónde está tu amiga?

—¿Kenia? No sé. Yo me fui enseguida. Ella se quedó llorando pero yo me fui enseguida.

Le pedí un cigarro.

Me quedé mirando hacia la esquina de Cuba y Amargura.

Una ventana estrecha con un paisaje encantador.

—JAAD, ¿tú conoces a alguien en la policía?

Me miró con ojos desorbitados y llorosos. Fumaba sin parar y se mordía las uñas.

—Dime, ¿tú conoces a alguien en la policía?

Me gustaba cómo se recogía el pelo y la manera de sentarse con las piernas abiertas. Me fijé que no llevaba ajustadores y se le marcaban los pezones.

—Si tengo o no un amigo en la policía ¿de qué sirve?

—¿Cómo que de qué sirve? ¿Tú estás bien de la cabeza, JAAD? Con un socio en la policía to' se resuelve.

Toqué sus manos.

Manos frías y pequeñas.

—¿Tienes o no un amigo en la policía?

No dije nada. Ella continuó:

—Yo no sé cómo fue la cosa pero no tengo na' que ver con ese muerto.

Acaricié sus hombros y la besé en la cara.

Se mordió los labios.

—No te preocupaes. Todo se va a resolver.

—Yo hago lo que tenga que hacer. Cualquier cosa, JAAD, pero no quiero ir presa. No hice na'.

—Relájate. Tienes que descansar.

—No hice na' ¿entiendes?

—De acuerdo, pero tienes que descansar. Acués-tate un rato.

Se sentó en la cama y se echó a llorar.

La abracé y sequé sus lágrimas con mi boca.

Mi lengua recorrió la cicatriz.

—No me toques.

—¿Por qué no? No te voy a hacer daño.

—Todos los hombres dicen lo mismo. Todos quieren lo mismo. Dime, ¿no te gustaría acostarte conmigo?

Dejé de acariciarla.

Me quedé escuchando los ruidos que llegaban de la calle.

—¿Tienes algún amigo en la policía?

—¿Qué quieres que haga?
—Que me ayudes, JAAD. Dijiste que me podías ayudar.
—Bueno, está bien. Cuéntame
—Ya te dije que no sé. Yo estaba en el baño y cuando entré al cuarto el alemán estaba muerto.
—Pero, ¿cómo se murió? Que yo sepa nadie se muere así como así.
—No sé. Yo no sé na'. Dice Kenia que el tipo había compra coca.
—¿Cocaína? ¿Dónde?
—¿Qué sé yo, JAAD! Me imagino que en la calle. En la calle se puede comprar cualquier cosa ¿no? Me encogí de hombros. Yo llevaba treinta años comprando libros y preservativos. Una vez, anfetamina, y otra, marihuana. De ahí no pasaba. Una vida de aficionado en una calle para profesionales.
—Bueno, a lo mejor fue una sobredosis.
—¿Y si Kenia lo mató? Mira, JAAD, Kenia y Jaime son ña y carne y nadie sabe lo que ellos planificaron.
—Espérate un momento, mi socia. ¿Quién coño es Jaime?
—El punto que nos busca a los yumas.
—Un chulo.
—No. Jaime no es ningún chulo. Jaime no nos quieta el dinero como el Negro. El Negro sí era un hijo de puta pero Jaime no.
—¿Y qué pinta El Negro en todo esto?
—Na'. El Negro era un singao. Me picó la cara. Mira. Se tocó la cicatriz.

—¿Por qué?
Se levantó y fue hasta la ventana.
Los senos le saltaban debajo de la ropa.
—Me metió a jinetera. Tenía un amigo italiano
que le gustaban las señoritas.
—Pero, ¿por qué te cortó la cara?
—Me dijo que con él iba a ganar un baro largo.
Me presentó al italiano y gané cincuenta faos. Todo
fue rápido. Una hora.
—¿Cincuenta dólares por la primera vez? ¿Eso
fue lo que pagó el italiano?
—Cien. Fifty-fifty con el Negro.
—Te pagó una mierda. Una virgen vale una for-
tuna...
—Nadie es adivino, JAAD. Yo tenía doce años.
¿Cómo coño iba a saberlo? En ese momento pensé
que era mucho dinero.
Cogió su mochilita y la abrazó como un salvavidas.
Pasaron dos, tres, cuatro minutos. No sé.
Imaginé que La Habana ya no era una ciudad
sino un océano. Cada cual abrazaba lo que podía y
se dejaba llevar por la corriente.
—¿Y qué pasó después con El Negro?
—Na'. Jineteé pa' él casi dos años y siempre me
daba una mierda. Entonces le robé.
Recostó su cabeza en mi hombro.
Respiré otra vez su perfume.
Su olor a hembra joven.
Acaricié sus manos.
Sus pies desnudos.
Ella sonrió.
—JAAD, dime una cosa. ¿Tú me hubieras de-
fendido cuando el Negro me picó la cara?

Traté de imaginarme al Negro.
Traté de imaginármela desnuda.
—¿Por qué no fuiste a la policía?
—¿Pa' qué? No iba a resolver na'.
—¿Cómo que nada? Tú eres menor de edad. La
policía iba a creer en ti.
—¿Qué hora es, JAAD?
—¿Por qué no fuiste con tus padres a la policía?
La chica bonsai se echó a reír.
—¿Qué padres, JAAD? Mi mamá es una borracha
y vive en Ciego y a mi padre no lo veo desde los ocho
años. ¿Qué podía hacer yo sola? El Negro conocía a
una pila de policías. Si yo lo denunciaba no iba a pa-
sar na'.
Toqué su vientre por encima de la ropa.
Quedó inmóvil.
—¿No te gustaría vivir de otra forma?
—¿De otra forma? ¿De qué forma, JAAD?
Me arrodillé frente a ella.
Acaricié sus hombros.
Ella reaccionó. Se erizó de pies a cabeza.
Busqué sus labios.
La besé con suavidad.
Un roce.
—Te puedo ayudar.
—Eso es lo que quiero que hagas. Ayúdame.
¿Conoces a alguien en la policía?
—Relájate. Eres inocente. Todo va a salir bien.
Se echó a reír.
—Los hombres siempre dicen lo mismo. To' va
a salir bien y después to' es una mierda.
Me empujó y caí de nalgas.

—Cuando el italiano me fue a partir me dijo que to' iba a salir bien. Y fue mentira. Me dolió y a nadie le importó.

—¿Te dolió mucho?

—¿Y a ti qué te importa, JAAD? Siempre duele. Pero después de to' salí bien. No me dio golpes como le hicieron a Daymaris.

—¿Daymaris es la mulata que anda contigo?

—No. Esa es una comemierda. Daymaris es la prima de Kenia. La partieron a los trece, pero tuvo suerte. Le dieron cien fulas pa' ella sola y después se empató con un español que vivía en Matanzas.

Tragué en seco. Necesitaba tomar ron.

—¿Cuándo vas a ver a tu amigo?

—¿A quién?

—A tu amigo el policía. ¿Tienes o no un amigo policía? ¿Tú no me estás engañando, JAAD?

—Rélajate. Duerme hasta mañana. Mañana vas a pensar con más claridad.

—¿Hasta mañana? ¿Qué estás diciendo, JAAD? Lo que le pagamos a la gorda es por tres horas.

Regresé a la ventana.

En la esquina de Cuba y Amargura los gatos merodeaban el basurero. Un viejo en muletas azoró a los animales y se sentó a comer los desperdicios.

—¿Por qué Jaime es diferente? Jaime y el Negro no son diferentes Sailín ¿entiendes? Todos los chulos son iguales.

—¿Qué importa eso ahora, JAAD!

—¿No quieres que te ayude? Te estoy ayudando. Dime, ¿por qué Jaime es diferente?

—Jaime nos busca hombres normales. Gente que no sea morbosa. Hay turistas que lo que quieren es que hagamos tortilla o que se la mamemos a un perro o quieren filmar una película porno. Los tipos que busca Jaime están en otra cuerda ¿entiendes? Vienen buscando pareja pa' lago serio. Con Jaime tengo la oportunidad de conocer un yuma pa' casarme y olvidarme de este país de mierda.

—¿Y dónde se quedó Jaime?

—No sé. La última vez que lo vi le estaba vendiendo ron y tabacos a unos franceses.

Me quedé en silencio.

—Tienes que ayudarme, JAAd.

—¿Ayudarte? ¿De qué forma te puedo ayudar? No vas a entender nada. Nada. Ni una palabra.

—Sí, JAAD, tú me puedes ayudar. Ve y habla con tu amigo.

Acaricié su mejilla y mis dedos delinearon sus labios y ella cerró los ojos y yo contuve la respiración y me pegué a su cuerpo y estaba fría y la besé en la boca.

—Si me ayudas te prometo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ya sabes, podemos echar un palo.

—¿Un palo?

—Sí, un palo. Pero uno solo. Te va a salir gratis.

—¿Siempre lo haces por dinero?

—Claro, JAAD. La vida está muy dura.

Me quedé contemplándola.

—Verte desnuda sería un sueño. Verte desnuda y hacerte el amor.

—Me da risa tu manera de hablar. Hacer el amor y echar un palo es lo mismo. Dime, ¿vas a ir a ver a tu amigo?

Contemplé sus teticas saltarinas y su cintura estrecha.

Sus nalgas compactas debajo del vestido.

Su abdomen sin una gota de grasa.

Y se quitó la blusa y acaricié su pelo y sonrió y cruzó los muslos para que yo viera su entrepierna y quedó inmóvil esperando una respuesta.

—Sí. Cuando salga de aquí voy a ver a mi amigo.

—Pero no me engañes, JAAD, que se lo digo a Jaime.

—No, no te engaño. Te lo prometo.

Me besó y me mordió los labios.

—Yo no hice na'. Soy inocente.

Nos besamos. Y toqué sus muslos y toqué entre sus muslos y nos besamos y la abracé y la volví a tocar y la abracé y nos besamos.

Me quité los pantalones y ella cogió mi cosa entre sus manos.

—¿De verdad que tienes a un amigo en la policía?

Estaba arrodillada frente a mí.

Me miró con picardía. Una mirada tan maliciosa en unos ojos tan ingenuos.

—Sí. Ya te dije que sí. Se llama Carlos. Capitán Carlos.

Y *La chica bonsai* abrió la boca.

Estuvimos tres horas sudando. Nos olvidamos del mundo y los turistas y de la esquina de Cuba y Amargura y de los gatos vagabundos y los viejos pordioseros. Respiré el olor de la lluvia. Iba a llover.

Cuando terminamos la abracé.
Besé la cicatriz.
Besé sus pies.
Ella se reía. Nunca había visto un hombre besándole los pies a una mujer.
Le canté una canción y me dijo payaso. Se burló de mis idioteces.
Rompió a llover y me recordó que tenía que ayudarla, que no la engañara, que Jaime no es fácil, hombre a tó', te raja la cabeza y te corta la cara y le canté otra canción y llovió mucho, muchísimo. Casi una tormenta.

Desde la cama y a través de la ventana miré al cielo.
Sailín se había dormido.
Imaginé que un platillo volador me recogía para largarme de este planeta.
A lo lejos escuché una sirena.
Me vestí en silencio.
Recogí mis documentos y las llaves.
No tenía un centavo. Recordé que estaba liquidado.
Abrí su bolso.
Preservativos. Pintalabios rojo. Un cepillo. Veinte dólares.
También una muñeca. Pequeña. De ojos azules.
No cogí el dinero.
Escuché la sirena más cerca.
Bajé las escaleras pensando que la buena suerte dura poco en cualquier parte del mundo.
Salí a la calle. Todavía estaba lloviendo.

CIELO SOBRE HAVANA

—¡Me estoy muriendo, coño, y tú te vas a morir solo en esta isla de mierda! —le gritó.

Después lo golpeó. Con violencia. Le partió los labios y la nariz. Lo dejó tirado sobre el muro.

—Dame, maricón, ¿por que no me das?

Lo escupió. Él se quedó inmóvil. Alzó la vista. Fue entonces cuando vio el mar.

Amanecía.

Ella habló de su dinero. Él quería bajar a los arrecifes. Mojarse los pies, quitarse la sangre. Ella habló de la Luna de Miel en Japón, de la visa permanente a los Estados Unidos, de la doble ciudadanía, de su familia rica poderosa en Venezuela. Él quería mojarse los pies. Dormir. Tal vez dormir bajo el agua, en otro mundo.

Un policía se acercó por la acera de enfrente. Se quedó esperando. Ella lo vio.

—¿Y si digo que estabas abusando de mí? ¿Qué te parece? ¿Qué te puede pasar por engañar y abusar de una turista, eh?

Él vio también al policía. Un segundo. Después miró otra vez al mar. ¿Qué pasaría, entonces? Un cubano muerto de hambre y una turista del primer mundo. ¿A quién le iban a creer? ¿Y cuando el policía le preguntara *por qué ella lo agredió?* ¿Qué

podía contestar? La verdadera respuesta era tan inverosímil que lo encerrarían en un calabozo. Se apoyó en el muro. Escuchó a lo lejos un barco que anunciaba su entrada en la bahía. El policía permanecía en la acera opuesta. *Me agredió porque quiere que me case y me vaya con ella del país. Y yo no quiero*, pensó que contestaría. Todos iban a burlarse. Policías y amigos cuando se enteraran. Su mujer y su amante, por supuesto, no iban a creerle absolutamente nada.

—Dime. ¿Y si llamo al policía?

No contestó. Respiraba ansiosamente y con dificultad. *Te perdono Ana Marina*, pensó. La recordó desnuda, gimiendo de placer. Siempre riéndose. Recordó su largo y bellissimo pelo negro. Volvió el rostro para verla por última vez. Impotente y pálida. Con su pelo recogido bajo un pañuelo.

—Me da lo mismo —dijo él—. Si quieres máatame. Yo soy libre, Ana Marina, libre.

Antes de cerrar los ojos escuchó a lo lejos una gaviota y sonrió.

Despertó. Otra vez el mar desde su ventana en aquel cuartucho de Malecón. Un pedazo de mar y una ventana. No tenía otra cosa. Un colchón percutido, una máquina de escribir, algunos pesos para comprar ron y emborracharse. Pensó en Ana Marina. A más tardar llegaría de Londres al mediodía. Por lo menos iba a comer bien durante una semana. También necesitaba salir de aquel solar lleno de jineteras y delincuentes.

Vio la página en blanco. Ni una palabra. Escribir es autodestruirse. Se levantó. Tenía que olvidar sus pretensiones de ser escritor. Miró a la avenida, desierta todavía al amanecer. Bostezó. Hambre. Sueño. Tedio. Toda la madrugada para escribir al menos una cuartilla. Ni novela, ni dinero ni esperanza. ¿Qué podía hacer? Esperar. ¿Pero, esperar qué cosa? Nada. Sólo esperar. Esperar es suficiente. Pensó en Ricardito, en Kimani, en El Bolo. Sus amigos estaban decididos. Esa noche se lanzarían al mar en una balsa. Qué ironía. Unos que llegan por avión en primera clase y otros que escapan en balsas rústicas.

Un grito lo sacó de su estado soñoliento. Era la vecina. Otra vez en bronca con su marido. El tipo llegaba de la calle a esa hora y le entraba a golpes. Un mulato expresidiario que la ponía a putear por un dólar en Monte y Cienfuegos. ¿Por qué no escribía aquellas historias que vía a diario? ¿Por qué no escribía sobre sus amigos balseros? ¿Por qué no escribir sobre Ana Marina?

Sacó las cartas que le había enviado a ella en los últimos seis meses. Quería releerlas. Algo andaba mal. Él nunca habló de salir del país. Ella, sin embargo, le había telefoneado tres días antes para decirle: *Voy a buscarte. Nos casamos y te saco de Cuba en menos de un mes. Te amo.*

Miró las cartas. La recordó desnuda. Recordó su bellissimo pelo largo. Pensó que le gustaría hacerle el amor en medio de la ciudad, detrás del muro del Malecón, en los arrecifes.

Pero aquello del casamiento y la salida lo desconcertó. ¿Y su mujer? ¿Y su amante?



Abrió una carta. Comenzó a leer.
A lo lejos, escuchó la sirena de un barco.

Se conocieron en la calle Obispo. Ella había entrado a una librería buscando libros de Carpentier, de Lezama, de Reinaldo Arenas. Hablaron de literatura. Hablaron de sus vidas. Sin timidez ni hipocresía ni represión ni culpabilidad. Se gustaron a primera vista. Una hora después ya estaban pensando que se conocían de toda la vida. Ella se había pasado de tragos y a él le encantó su cuerpo voluptuoso, su pelo, su manera de hablar, su edad. *Pierdo la cabeza por las jóvenes y las maduras*, le confesó. Ella había cumplido cuarenta y cinco, diez años más que él. Le habló entonces de su mujer que tenía casi cincuenta y de su amante de dieciocho. La flor y el fruto de la vida.

Ana Marina lo invitó a una botella de ron. Vivía como si cada instante fuera el último. *Tú eres un ser enfermo de palabras y yo de vida*, le dijo ella caminando Obispo abajo, buscando el mar y la Plaza de Armas.

Los jineteros ofrecían de todo. Tabaco, comida barata en Paladar comfortable, ron, afrodisiacos. De cualquier sitio salía un negro monumental vendiendo cualquier cosa, proponiendo mujeres, tocándose los huevos. Ellos caminaron sin prisa, viéndolo todo y hablando de lo que siempre se habla: el gobierno, los derechos humanos, la imposibilidad de viajar al extranjero, las penurias, el hambre, la prostitución juvenil.

El calor los hacía sudar y a ella se le marcaban los pezones. Se metió la mano por debajo de la blusa para secarse y él sintió deseos de morderla allí mismo, como un animal echársele encima. Los ojos de Ana Marina miraban con ansias, descubrían un instinto indómito. *Me gustaría secarte el sudor*, dijo él cuando se habían sentado en el parque. *Y a mi que me lo secaras*, dijo ella.

Esa noche la pasaron en el cuartucho de Malecón. Soportaron el calor, la peste y las inmundicias de la fosa desbordada en medio del pasillo del solar, los gritos y las broncas de los vecinos por la falta de agua. Él abrió las ventanas y la penetró con fuerza. La sujetó por la cintura, mordió su espalda y vieron el mar.

A lo lejos, escucharon una gaviota y un barco anunciando su llegada a La Habana.

El policía cruzó la calle.

Ella estaba llorando y preguntándose por qué. La vida es la gran mierda. Por qué vivimos cómo vivimos. Lo peor no es el miedo a la muerte sino el miedo a la propia vida.

Él también estaba llorando. Hablaba de su libertad. Hablaba de escribir, de autodestruirse, del amor a su mujer y a su amante.

—¡Vaya, el macho tropical! ¡Eres un mierda! ¿Cómo vas a amar a dos mujeres, eh? Eogísta. Te amas a ti mismo.

El policía volvió a detenerse a cinco o seis metros. Ella estaba de espalda.

—¿Para qué carajo me prometiste casarte conmigo? ¿Para qué carajo vine yo a esta isla de mierda? ¡Egoísta! ¡macho de mierda!

Quiso golpearlo otra vez. Comprendió que era inútil.

Parecía un perro sarnoso recostado al muro, tragándose la sangre y el miedo a la vida.

—No vales nada. Has desperdiciado la oportunidad de tu vida. Estúpido. Frustrado. Nunca llegarás a ser ni siquiera un escritor mediocre.

Y se fue. Apenas miró el tráfico al cruzar la avenida. El policía se alejó sonriendo.

Él se quedó solo. Escuchaba las olas. Ya era de día.

Ana Marina: La Habana es una aldea. Y desde que te fuiste La Habana es una aldea casi deshabitada. Todos los días pienso en ti. No exagero. Si no nos hubiéramos conocido en aquella librería algo nos iba a faltar. Algo estaríamos necesitando. Tú eres real y eres un fantasma. Sólo me queda el lenguaje. Y el lenguaje nombra lo imposible, es una ausencia que el tiempo reconstruye en nuestra imaginación para escapar de la muerte. Entonces, mis palabras me condenan a vivir la soledad de mi propia soledad. Encerrado en este cuartucho miro el mar. Vivo pagando un alquiler que ya no puedo costear pero necesito estar solo. Quiero escribir. No puedo vivir sin escribir. Veo a mi mujer y a mi novia dos o tres veces por semana y a veces son tolerantes con mi soledad. Si ellas no existieran no lo pensaría

dos veces para casarme contigo. Desde que te fuiste eres el fantasma, el olor de estas sábanas corporizándose en deseo infinito, en placer que es ya dolor y desmemoria. Tú vives el amor porque eres puro instinto. Fuerza que destruye para crear. Yo, estoy a la deriva en esta ciudad a la deriva. No quiero vivir si no es para escribir y estar con ellas dos, con esas mujeres que tanto necesito y tanto se parecen a la felicidad. Y llegas tú. Tengo miedo. A veces creo que moriré antes de los cuarenta. ¿Será posible? Necesito tiempo. Estoy perdido dentro de mí mismo.

Dejó la carta a un lado. Ana Marina estaba por llegar de un momento a otro. Seis meses después ella regresaba. Seis meses después él todavía estaba allí, viviendo en la misma pocilga solariega, sentado con la cabeza entre las manos, esperando. ¿Esperar qué cosa? Sólo esperar. Esperar y punto. Miró al mar. Guardó las cartas. Todas decían lo mismo. Las mismas ideas con otras palabras. Pensó en sus amigos. Pensó en su amante y su mujer.

Salieron de la Plaza de Armas y caminaron otra vez por Obispo. Ella lo invitó al hotel. Él dijo que no, y le habló de su cuartucho. Pasaron los últimos dos días recorriendo la ciudad y terminaban siempre en aquella cueva. Tres horas antes de la partida todavía estaban allí. ¿Qué podían hacer? Despedirse. Ella regresaría por segunda vez. Él le escribió un poema. Por la ventana entraba la brisa y refrescaba el calor. Habían vivido una libertad desvergonzada

y sin pudor, habían desatado sus fantasmas. Vivieron todas las fantasías que quisieron vivir. *Sentir la pulsión de la muerte detrás de cada minuto. Transfigurar la vida en algo que no sea una cosa, simplificación de lo absurdo, rutina idiotizante, conexión con la Máquina*, le escribió él. Me gusta tu poema. Y a mi me gusta tu pelo. ¿Te gustaría salir de Cuba? Sí, pero no para quedarme. ¿Por qué? Tengo que escribir. Qué raro eres. Sí, y estoy loco y todo lo que tú quieras pero tengo que escribir. Condenado a escribir bajo esta luz que ya me ciega. ¿Te sientes libre? Claro, después de todo, un día descubres que la libertad está escondida en tu cabeza. ¿La libertad es para ti estar con dos mujeres al mismo tiempo? ¿Por qué preguntas eso? ¿No te parece que estás cayendo en un lugar común? Perdona, es que me sentí celosa. ¿Celosa? Sí, sentí celos. Te estás enamorando. Es posible y sé que va a ser difícil olvidarte. Me olvidarás. No. Sí. Nunca te olvidaré. Yo tampoco.

—¿T-te te vas c-con nosotros o-o t-te quedas? —preguntó Ricardito.

—Vámonos, compadre, esto es una mierda. Aquí no hay futuro —dijo El Bolo.

Kimani no habló. Kimani hablaba poco. Una noche lo dijo todo y nunca más habló del asunto. Hay que irse. Cuba no es un lugar real. Cuba no existe. Estaban en la puerta del solar. Todo estaba preparado. La balsa, carne en conservas, medicinas, la brújula. Todo.

—Tengo que quedarme. Quizás dentro de un año o dos..

—¡Estás loco, compadre! Eso dijiste hace dos años.

—¿T-tienes m-miedo?

No contestó. ¡Tantas preguntas por contestar! Miró el reloj. Ana Marina estaba por llegar. Sus amigos planificando la muerte y él allí esperando. Un cadáver que observa cómo van a morir los otros.

—K-kimani d-di di algo.

Kimani iba a decir algo pero se contuvo. En ese momento la mujer del ex-presidiario cayó como una pelota en el pasillo del solar. El negro salió detrás de ella y allí mismo la golpeó con una manguera. Le dio dos o tres patadas y la dejó sin conocimiento. Algunos vecinos intervinieron. El tipo salió del solar, cruzó la calle y se sentó en el muro del Malecón.

—Vámonos —dijo Kimani.

Cinco minutos después que sus amigos se habían ido llegó un Panataxi y se bajó Ana Marina.

Él la miró desde la ventana. Después alzó la vista. Se quedó mirando al horizonte.

Por fin bajó a los arrecifes. Se limpió la sangre. El agua estaba fría. Ella tenía razón. Era un estúpido. No llegaría ni a escritor mediocre. Su mujer estaba a punto de dejarlo. Ya sabía lo de su amante y tarde o temprano rompería con él. La muchacha, con sus dieciocho, necesitaba vida, y él estaba vegetando. El futuro se había transformado en una idea. Una sola idea. Quedarse y esperar. Tan sólo esperar. Se



sentó en una roca. Mojó sus pies. La libertad podía estar dentro de la cabeza de uno pero de todas formas metió la cabeza dentro del agua. Vivir en otro mundo. Ser una gaviota, el silbido de un barco. Pensó en sus amigos. Cuando no pudo contener más la respiración sacó la cabeza. Aspiró la brisa. El sol comenzaba a calentar. Escuchó los ruidos de la ciudad.

Ella se bajó del Panataxi. Dos tipos, un blanco gigantesco y un negro con cadenas de oro, se le acercaron para proponerle cualquier cosa. Todo lo que necesita un extranjero para ser feliz en la mayor de las Antillas. Ella miró la ventana. Miró la puerta del solar. Vio a un viejo durmiendo en los portales, unos niños se le acercaron pidiéndole golosinas, dos adolescentes que desde temprano salían a cazar turistas.

Cerró la puerta del taxi. Pagó. Dejó propina. Entró sonriente al solar. *¿Dónde está mi gran escritor? ¿Dónde está mi macho tropical?* Se detuvo ante la puerta. La mujer del expresidiario se había recuperado y salió con un cuchillo en la mano buscando al marido. Una vieja indiferente a todo lo que ocurría le echaba el sancocho a su puerco y maíz a sus gallinas. La fosa seguía desbordada. Alguien tenía la grabadora a todo volumen. Y en otro cuarto se escuchaba la radio con un discurso de Fidel. Ana Marina sonrió. Tocó la puerta por segunda vez.

Ana Marina: como dijo Virgilio Piñera: algún día se verá que tuve razón en quedarme a vivir en mi país. Razón y sentido histórico. ¿Qué más necesitas saber? El sentido histórico puede ser el sentido de un país pero también, y sobretodo debe serlo, el sentido de un ser humano. Es posible amar a dos mujeres. Y a tres. El verdadero amor no es posesión. Cuba no existe. El mundo no existe. Mi rebeldía no tiene sentido. Tampoco vivir domesticado. ¿Debo terminar en el suicidio? No. Yo espero. ¿Qué espero? Nada. Sólo espero.

Dejó de escribir. Dejó el papel sobre la mesa. Cuando ella llegara del aeropuerto lo leería. Se sentó a esperar a sus amigos. Vendrían a confirmar lo del viaje de esa noche.

Rezaba para que ellos no vieran llegar a Ana Marina. *Hada Madrina* como le llamó Kimani cuando él le contó que era hijita de papá, tenía mucho dinero y vivía en Londres. Pero ella no prestará atención a esas palabras. El lenguaje es la propia muerte. Viviría una semana con él. Harían otra vez el amor con la misma pasión y libertad. En un hotel, en el cuartucho del solar, en los arrecifes. Una semana. Tiempo suficiente para una decisión.

—Todo está decidido. Te dije que no me quiero ir.

—No me digas eso. Tienes una semana para que te decidas.

—Todo está decidido.

—No, por favor. Vengo a buscarte. Me estoy muriendo.

—Todos nos estamos muriendo.

—Yo me estoy muriendo —diría ella.

Y se quitará la ropa. Él estará de espalda mirando el mar y no verá su desnudez hasta que ella lo llame, le diga mírame y, entonces, se volverá lentamente para mirar. Y mirará.

—Yo me estoy muriendo —dirá ella por segunda vez.

Él verá un cuerpo desconocido. Una mancha negra, un seno amputado. Y entenderá. Comprenderá por qué ella se quitó la ropa, por qué vino con su largo y bellissimo pelo negro recogido en un pañuelo. Que ya no es negro ni largo ni bello, que el cáncer avanza, que se come el cuerpo voluptuoso, que la quimioterapia, que los dolores.

—Vámonos juntos a vivir lo que me queda.

—Ana Marina, estamos perdidos entre tanto miedo y tanta soledad.

Él miraría al mar. Como un cadáver que ve la muerte de todo el universo.

—Te amo.

—Yo también te amo pero no puede ser.

Kimani está solo en altamar. Cierra los ojos. No quiere ver tanta oscuridad a su alrededor.



ADIÓS A LAS ALMAS

Yo, el más viejo de la fiesta: treinta años.

Mansión nada mansa de Miramar convertida en museo posmoderno. Negros roqueros, blancos raperos, inconformistas experimentales, bisexuales indecisos, rebeldes de pacotilla. Raimel, el niño bitongo de papá, se levantó y dijo vamos a meter un fiestón el sábado por la noche. *Home alone* grita ahora y me echa en cara sus veinte años, su piel tostada, su cadena de oro, su pene pequeño pero bien erecto, su energía para el sexo, porque a mi edad JAAD me dice victorioso como si yo fuera un vejstorio se puede echar tres palos seguidos el instrumento no se cansa ¿entiendes? la alimentación la papa caliente pobrecito del cubano que está a chicharo y picadillo de soya debe encabillarse una vez a la semana y me abre el refrigerador para que vea los jamones la carne de res cinco o seis pollos queso de este tipo y de este otro mi mamá lo compró la semana pasada diez fulas la libra, y veo un tocino, grande y gordo y le digo al niño que nació en cuna de oro: ¿no te gustaría tener una mandarría así? Las mujeres te iban a caer atrás por tu pistola, por tu bomba, y no porque vives como un príncipe. Eres un machista JAAD eres un machista —y cierra el refrigerador de un portazo— yo soy un pe-

62

queño príncipe rodeado de esclavas, Varadero El Cohíba la disco del Comodoro el Lada de mamá y el Subaru de papá ¿quién se resiste? dime ¿qué jevita se resiste?

Lied, pienso. Lied es diferente. Lied es un dinosaurio en esta ciudad de ratas. Parece etérea, no le importa mi ropa vieja, que no tenga ni bicicleta ni un santo dólar. ¡Oh! dólar nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Ella es feliz si vamos a la tumba de Zenea, al Cristo de la Cabaña, a ver el mar. No es de este mundo podrido que se disfraza de puro, que nos vende la imagen de mártires y profetas mientras nos morimos de hambre. Pero no le digo nada a Raimel. Lo miro. Va de un lado a otro atendiendo a sus invitados. Todos llegan, se sientan, se besan, parlotean, no sé si ahora es cuando se quitan o se ponen las máscaras.

Lied no vino: «Tengo que estudiar, no puedo». Siempre estudiando. No por gusto es una de las mejores alumnas de la Lenin. «Esas fiestas no me gustan, es perder el tiempo. Son todos unos snobs, retrasados mentales». Pienso en Lied. ¿Cómo es posible que tenga una amiga como Yiliam? Yiliam no piensa en otra cosa que no sea marihuana, alcohol, heavy metal, sueña con ser actriz es mi gran ilusión me gustaría ser el protagonista de una película pero algo fuerte de verdad sádico supermorbo espérate ¿a qué te refieres? le pregunté se echó a reír en mi cara eres un niño con tus treinta años ¿que a qué me refiero? claro JAAD una película porno Sussette dice que conoció a un mexicano en Varadero que se lo propuso ¿te imaginas? dólares

muchos dólares por temprar ¿no te gustaría JAAD? Lied y Yiliam son tan diferentes. Yiliam se burló de nosotros el día en que se enteró que su amiga me había escrito un poema y dedicado *La Tregua* de Benedetti. Yo no me creo esa novela ¿cómo es posible que una jovencita se enamore de un viejo? mira JAAD Benedetti escribió esa novela porque es un frustrado sexual. Lied me abrazó en ese momento y me besó delante de todo el mundo. Había cumplido quince, ocho días después que yo cumplí treinta. No importa la edad. Pero disfrutamos el morbo de la edad. Disfrutamos del sexo pero no importa el sexo. Caminamos por la ciudad y nos sentamos en un parque y hablamos durante horas. No nos importa nada más. Yo me muero por su juventud y ella por mis arrugas y muchísimas veces sólo nos besamos y nos cogemos las manos y nos miramos fijamente. Y es todo. Yiliam es una envidiosa, una superficial. Estoy en la fiesta. Lied no quiso venir. Yiliam se me acerca. Está borracha. Me coge por el brazo y me lleva para el cuarto de Raimel. ¿Por qué vine a esta fiesta? ¿Qué hago aquí si yo me creo diferente de ellos? ¿Vine solamente por tener una experiencia para luego escribir un cuento? Soy un enfermo de las palabras. Escribir, escribir y cuando escribo me sale caca. ¿Vine porque soy un reprimido como Benedetti y nunca lo hice cuando adolescente? ¿Vine porque hace cuatro días vi a Yiliam en la playa y no he podido olvidar sus tetas tan duras y su bollito rosadito mientras el novio de turno le hacia de todo y ella sabía que yo estaba mirando y gozaba con el show y des-

pués se masturbó para que yo la viera, abierta, bien abierta, mostrándomelo todo? ¿Vine por eso? ¿Vine por ella? ¿Me alegré cuando Lied me dijo que no vendría y Yiliam me guiñó un ojo y me susurró, no importa vámonos tú y yo? Tampoco soy diferente. Todos estamos podridos. Entramos en la habitación de Raimel. Eso es todo. Yiliam que está borracha y trae a Kelia. De pronto me veo con dos ninfas, dieciséis y catorce. ¿No pueden acusar a las menores de corromper a los adultos? Necesitamos intimidad Raimel, dicen las niñas. Quieren hacer un trío. Cerramos la puerta. Ellas se desvisten y yo observo la habitación. En una pared el Che y una modelo del cine porno. ¿Quién decoró el cerebro de este jovencito? Death Metal y un afiche de *Moscú no cree en lágrimas*. Sobre una mesa: Stephen King, el último número de *Hustler*, un periódico *Granma* y un vibrador sin baterías. Lo miro todo y me río. Me cago en esta pared. Me cago en este cuarto. Me cago en toda la casa. Me doy cuenta que soy un viejo. La pared, el cuarto, la casa, las niñas que se quitan la ropa, todo es un espejo para ver cómo me aplasta mi propia historia. Somos románticas y bohemias y no creen en toda la verborrea de los padres y la escuela. A los quince años se es vieja para el sexo dice Keila mira a la propia Yiliam que con trece se acostó con su novio en la escuela al campo mi primera experiencia fue a los catorce con un muchacho de veinticinco un vecino que se ganó la confianza de mis padres y total si ella es una niña y él sería incapaz de hacernos una mierda estoy seguro yo también fui joven ellos se aman

platónicamente el muchacho se ve serio y noble y con buenos sentimientos y educado y respetuoso y hasta es militante de la juventud parece que mis padres no sabían que los jóvenes comunistas también tiemplan claro no me arrepiento al fin de cuentas fui yo quien lo provocó y él me gustaba y todas las mujeres miraban para la portañuela porque se le marcaba de este tamaño y de verdad que es bonito y un día me cogió en su casa y mis padres pensando que estábamos viendo un discurso dedicado a los jóvenes herederos de las conquistas del socialismo y la necesidad de ajustarnos a las nuevas condiciones del período especial y José Alberto metiéndome los dedos y una pajita primero y bla bla bla y qué rico y ¡ay, papi que rico! y déjame chuparte las teticas y bla bla bla y qué rico papi y mira qué grande la tengo y no te preocupes que no te va a doler porque soy un hombre con mucha experiencia y ábrete un poquito y relájate y bla bla bla y qué rico papi y zás me la metió y me gustó y después ya tú sabes mi novio y el novio de Yadira y el profesor de química y el teacher que es un profe súper volao y a cualquier niña de séptimo octavo o noveno le metía pila y Aimel y por qué no te callas Keila todo el mundo sabe que tú eres una caliente del carajo pero cállate ya y mira a JAAD y deja que te toque para que veas lo que es estar con un hombre de treinta años esto sí que no es una bobería Lied dice que su mejor experiencia con él fue cuando le hizo una paja en un M-7 dime JAAD ¿eso es verdad? la gente la peste los empujones los cartelistas los descarados pegándosele a una y JAAD

que le metió una mano por debajo de la saya y la tocó todita y ella que se mojó y él que le decía al oído que le gustaba su perillita y que se le mojara tanto y tan rápido y lo caliente que se le ponía y nadie se daba cuenta y JAAD toqueteándola toda y otro día en un parque y en el teatro viendo *El lago de los Cisnes* y en una escalera y él enseñándole a disfrutar bajo presión Lied decía que tú le decías que eso era desarrollar el erotismo en situaciones peligrosas pero Yiliám esa Lied es una bitonga ¿tú sabes que edad tenía el profe de química? ¿y tú sabes lo que me hizo el teacher de inglés en plena cátedra? no me importa Keila, digo yo, ahora te voy a enseñar cómo los principiantes de la calvicie hacen el amor, qué ridículo Yiliam tu amiguito de los bigotes amarillos es un ridículo no se dice hacer el amor... no me importa como se diga, y ya estoy frente a ella, Yiliam tu amiguito debe ser mala hoja ¿cómo es que Lied lo puede soportar? cállate Keila dice Yiliam y se coloca detrás de mi y me acaricia sí ya sé claro Lied lo aguanta porque está bien entrenada Lied aguanta cualquier cosa Lied tiene un hígado a prueba de balas y me canso de aquella cotorrita y la única forma de hacerla callar es metiéndole un tapón de carne en la boca y zas, pas, bas, tas, cuas, ras, chuas, glu, glu, hasta la garganta, y picotazos van y picotazos vienen con la cotorrita y estuve con las dos más de hora y media sin parar un segundo, un gran momento de inspiración con aquellas terneritas, y cuano terminamos le pregunto a Yiliam que cómo sabía todo lo que yo había hecho con Lied. Seguramente le robaste

el diario y leíste todo lo que tiene que ver con nosotros. Eso no se debe hacer, Yiliam, aunque sea tu amiga. ¿Quieres callarte JAAD? Lied me lo contó, soy su mejor amiga ¿no? Ella me lo contó todo. ¿Por qué te lo dijo? Lied es muy discreta y no comenta nada y es diferente y Yiliam que se levanta y se ríe y me dice ingenuo y se va con Keila ¿Y qué significa eso de estar bien entrenada? Se ríen. ¿Qué pasa con Lied? Dime Yiliam ¿qué está pasando con Lied? Se ríen. Se burlan de mí. Ustedes le tienen envidia a Lied, eso es lo que pasa. Ella no es como ustedes. ¿Sabes a que edad partieron a Lied? pregunta Keila. Sí, lo sé. Claro que lo sé. Y estoy a punto de gritar que fui el primero, que ella me lo pidió cuando cumplió los quince, mejor que seas tú JAAD un tipo loco pero diferente algún día tendrá que ocurrir y prefiero que sea contigo y vimos la lluvia, rompió a llover apenas terminamos de hacer el amor, y nos quedamos en el suelo, oyendo a Carlos Varela y viendo desde un quinto piso, cómo La Habana se ahogaba con tanta lluvia, ojalá que llueva durante cuatro años, como en Macondo, le dije, hace falta mucha agua para limpiar esta ciudad, la mierda de esta ciudad. Pero no grito sino que me quedo solo en el cuarto, Yiliam y Keila se han ido, ya están en la sala como si nada hubiera ocurrido. ¿Por qué Lied le contó eso a Yiliam, que todo lo habla, que es una tonta, que no va a entender nada de nada, que todo lo confunde? Me quedo solo en el cuarto. Afuera la fiesta, torsos musculosos, nalgas compactas, la música tecno, el alternativo, la industrial, el no sé qué y la no sé cuál y Willy Chirino

y Celia Cruz y pon una película porno en el video y mira para el rincón allí está Raimel con la loquita de Daymaris y esa rubia va a terminar haciendo tortilla con Yenni apuesto lo que tú quieras que dentro de una hora las dos están dándose lengua y lengua y metiéndose el vibrador que trajo de Italia el puro de Raimel oye el puro de Raimel no trajo un vibrador trajo una maleta con diez consoladores de diferentes tipos y tamaños y yo los vi todos porque Raimel es mi socio y me los prestó cuando Laura y yo nos fuimos para Varadero con el tío de ella que es general y otra anfetamina y otra más y el paco y el pito de marihuana y somos románticos y bohemios y rebeldes y la vida es una mierda y si no tienes dólares pasas tremenda hambre y no puedes divertirte ni ir a una discoteca ni echarte arriba un par de nikes o unos adidas y mi padre se quedó en Alemania y el mío en España y fulano se fue en una balsa y a mengano le metieron tres años por salida ilegal y al padre de zutano lo llamó el partido ya saben que su hijo sale con jineteras y anda con turistas y recibe ropas y revistas de rock y dinero y dame más JAAD qué rico es hacerlo con un viejo y yo no soy viejo tengo sólo treinta y qué rico pero eres un viejo mírate las arrugas y los dientes que te faltan y te estás quedando calvo pero qué rico tú mamas y te mueves y dame por culo que soy señorita dame por culo que soy señorita por atrás y quiero llegar a los dieciocho y haberlo probado todo. Solo en el cuarto, escuchando las voces de ultratumba que me llegan desde el resto de la casa y recordando lo que pasó con Yiliam y Keila hace una hora. Me parece que ya han transcurrido diez años.

Estamos en los noventa. La época donde el gran héroe es el diskyoqui y las muchachas superaron a la Lolita de Nabokov, esa retrasada mental. JAAD, eres un frívolo, un viejo, un ingenuo, en fin, un comemierda. ¿Qué estupidez era ésa de andar por ahí prestándole a los adolescentes *El hombre mediocre* o *Las fuerzas morales*, hablando del amor, los valores y asere, deja esa muela que nosotros somos prácticos, materialistas y más calientes que tú. Pero JAAD comprende que no tiene vocación de santo. JAAD es borra de café, un muñeco parlotero que no va a salvar el mundo si es que el mundo tiene salvación. Y claro, yo soy JAAD, el perdedor que va veces triunfa, el segundón, el que siempre llega tarde. Y comprendo que mi mierda no va a desbordar el excusado. Así las cosas, tuve que adaptarme a los noventa y una noche me veo en una fiesta con Yiliam y Keila y con Ivis, diecisiete, y gocé la tortillita de Karla, veintiuno, con Yudisnaisy, dieciséis, y vi a Raimel, dieciocho y a Fabián, quince, con Yamila, quince, y me llevé el teléfono y la dirección de la China, veinte y de su prima, quince y me dijeron dónde podía comprar anfeta cada vez que quisiera y la dirección de un banco de películas porno y vamos pa'el Atelier que eso se pone riquísimo y te espero en el Café Cantante y la rocoteca de Línea la cerraron porque había coca y el patio de María es una mierda y to' el mundo sabe que en el Manolito Aguiar el fraude está al pecho y la Lenin es un relajo si la gente se cuela por la noche y se forma el despelote en cualquier albergue si hasta JAAD va a ver a Lied que

está en décimo y dice que es el tío y se queda con ella tres y cuatro horas y sube al albergue y en cualquier escuela los profesores toman ron hasta jumar-se en los Camilitos en el pre en la escuela al campo y cuando viene el ministro todo está limpio y dan buena comida y la cocinan bien y los problemas los vamos a superar (pausa) con sacrificio y voluntad (pausa larga) como corresponde a la nueva generación (ovación prolongada) la gente se ríe y hay quien se tira pedos y otros se echan a llorar y empiezan a cantar *después de tanto tiempo y tanta tempestad* ¿y tú estás con esa Lied? sí ¿por qué? ¿y de verdad que tú vas a la Lenin y toda esa descarga del tío? sí ¿por qué? tú eres un loco si te cogen vas a ir cana ya lo dijiste si me cogen ¿y por qué tú me preguntaste si yo estaba con Lied? y fíjate si la cosa está mala que como tres mil maestros se fueron este año de educación hap hap hap y muchísimos lo que quieren es trabajar en el turismo ¿y cómo tú sabes eso? porque mi padrastro trabaja en el Ministerio de Educación tú eres bobo o qué ¿cómo lo van a decir por la televisión? hep hep hep tú sabes bien que en la televisión todo está de maravillas hay jama hip hip hip medicamentos en moneda nacional hop hop hop todo el mundo es vanguardia hup hup hup y no ponen programas cómicos porque el humor en este país es muy crítico y se mete con el gobierno hap hep hip hop hup ¡qué borrachera! dime ¿por qué tu me preguntaste si yo estaba con Lied? nada por nada pero dime ¿tú estás con ella en algo serio? ¿algo serio? no sé ¿por qué tu me lo preguntas? mira bróder esa niña estuvo con el profesor de edu-

cación física y le mete a la piedra ¿a la piedra? ¿qué cosa es eso? asere ¿qué edad tú tienes? ¿en tu época no se le metía ala piedra? mira esa es la droga que se mete en una lata de cerveza o refresco y se fuma y te pones peor que con el fori y Lied le descarga también al hongo y le sale la loca que tiene dentro y se pone hablar del viaje astral y to'a esa moña en el fondo ella es buena chama tiene que estar en su casa a las doce de la noche pero de ocho a doce acaba con media Habana asere no le digas esas cosas al temba que él está con ella y no te preocupes sigue hablando si entre ella y yo no hay nada serio bróder tú te calientas enseguida la cabeza me parece que tú tienes treinta años por gusto aquí la onda es seguir la corriente y saber vivir hap hep hip hop hup ¡qué borrachera! aquí la cosa es saber vivir olvídate de la chama ésa esta fiesta es pa' divertirse tómate un trago y ponte pa' la niña aquella veinte añitos y mira qué rica mejor está la otra quince primaveras y mira el culo que tiene y cuál te gusta a ti JAAD ¿y fiero por qué tú tienes un nombre tan extraño? ¿ése nombre es inglés o ruso? deja eso mi colega que pusiste a gozar a Yiliam y a Keila si aquí afuera se oían los gritos y la falta de aire de Raimel ¿y a tu papá no se le para el caballo? entonces por qué trajo una maleta de consoladores así se tiempla más rico ojalá en este país permitieran las tiendas de sexo las revisas pornos los filmes las putas templando en vivo mi papá me contó que todo eso existe en Europa y en el Yuma bueno aquí existe una Paladar donde las jevas trabajan encueras y te sirven la comida y te traen la cerveza y uno ahí

vacilándole las tetas y el culo y ellas se ríen pero eso es escondido son una pila de años en cana si te cogen y además esa Paladar es para los turistas o para los macetas y mira bla bla bla bla.

Una mansión con misión de cementerio.

Dos de la mañana. Yiliam tiene celos de Lied. Lied habla de otras cosas y no viene a estas fiestas. La Lied de la que hablaban no es mi Lied. ¿Y si me engaña? ¿Y si conmigo se hace la niña buena? ¿Cuántas aquí no son lo mejor de cada casa? ¿Cuántas y cuántos no tienen engañados a sus padres? Ellos mismos se mienten unos a otros y de manera constante. Dice Yiliam que hoy en día cualquier adolescente se va con el turista el mace-ta el que tiene un Subaru un Toyota .Yoetis, con catorce, se acuesta con su padrastro porque es gerente en El Cohíba y el tipo tiene un baro largo la complace en todo lo que quiera la niña ahí va el tipo a gastarse los fulas dice Yoetis que a los doce empezó el jueguito y la madre no se da cuenta de nada ¿Quién engaña a quién? ¿Me estoy poniendo viejo? *Más sabe el diablo..* mentira. Soy demasiado patético. Menos mal que hace años vencí el complejo de la eyaculación precoz y ya no me orino en la cama.

Salgo a la noche.

Respiro el mar.

No tengo energías para seguir hasta el amanecer. Cuerpos que se rompen, se descuartizan, se gastan, se pudren.

Voy caminando hasta Quinta Avenida y arrastro los pies. Me pesan los huesos y los pensamientos.

Yiliam sale detrás de mí y me dice que le duele el culo. Se lo dirá a Lied. Caí en la trampa. Es el final. Pero, ¿esta historia tuvo alguna vez un comienzo? Con una mentira tras otra se puede reconstruir un país, una ideología y acostarse uno con todas las adolescentes del mundo. A Yiliam le duele el culo. Casi una metáfora.

—Toma —digo y le extiendo un libro.

—¿De dónde lo sacaste?

—Me lo robé de casa de Raimel. Lo único bueno que encontré en el librero y en toda la casa.

—Gracias. Me gusta mucho Hemingway. Creo que si lo hubiese conocido me hubiera acostado con él.

—Alégrate de no haberlo conocido. Te hubiera sacado los intestinos por la boca.

—¡Ay, JAAD! No exageres. ¿Era un hombre tan malo?

—Depende de cómo mires la cosa. A veces es mejor levantarse la tapa de los sesos.

—Oye, JAAD, Lied me dijo que tú eras un romántico supervola'o y siempre estabas deprimido. ¿Tú te vas a levantar la tapa de los sesos? Dime, JAAD, ¿tú serías capaz de matarte?

—No te preocupes. A lo mejor todavía estoy vivo para la otra fiesta.

Caminamos en silencio.

La otra fiesta. La otra vida.

Una sola tapa para los sesos.

Un Citroen blanco pasa cerca de nosotros, a poca velocidad. Lo conduce un sesentón con barriga de elefante, manos de rinoceronte y cara de extranjero, es decir, rosada, limpia, llena de satisfacción. A

su lado, ella, la adolescente belísima, aire de virgen perversa, vestido escotado, dientes de niña, ojos de mujer, sonrisa de cadáver. Ella, Lied mi Lied.

Yiliam y yo nos quedamos paralizados. Yiliam, por mi. Yo, por Lied. Recuerdo y entiendo las palabras de Keila. No importa, sigo caminando rumbo al mar. Yiliam espera que yo grite, salga corriendo detrás del automóvil. Pero, ¿era realmente ella o me hice la idea? ¿Estoy borracho? Hap, hep, ¡al carajo! Sólo me importa una pregunta. Una pregunta que ahora necesito hacerla más que nunca:

—¿Por qué ustedes le tienen miedo a la vida?

—No entiendo. JAAD. No comprendo tu pregunta. Tú eres el que siempre está hablando de suicidarse.

Y sigo rumbo al mar.

Caminamos hasta la desembocadura del río.

¿Quién tiene deseos de acabar pronto con la obligación de vivir? A mi espalda tenía una ciudad de papel, desgastándose contra la melancolía y el hambre y el miedo.

En vez de llorar me eché a reír.

Reír. Reír. Reír.

La Habana no cree en lágrimas.

PALOMA

a Paloma, su poema

Yo iba a lo mío: *compra-venta de libros a domicilio*.

Me detuve en Cuba y Desamparados.

Edificio colonial en ruinas.

Subí hasta la azotea.

Escaleras cochambrosas, mierderas y mierdosas.

Alguien me había dicho que la niña que vive en la azotea está buscando *El hombre rebelde* tiene veinte años y está buenota como una yegua pero ten cuidado está loca ¿Loca? sí loca de remate llévale el libro y sal corriendo loca de remate ¿me oíste?

Claro que sí. Te oí. Parecías una cotorra desplumada. Viejo calvo. Impotente. Payaso. Lo repetí cinco o seis veces. Le tenía miedo a las niñas locas de veinte años pero yo no. Yo soy JAAD, *Jodido Aunque A veces Descojonado*, ese perdedor que a veces gana. Y JAAD se arriesga. Hay que vivir peligrosamente. El tipo fue su profesor y se la templó en el Pre y ahora tiene miedo pero tú no. Tú buscas el libro bajo tierra y se lo llevarás a su casa y es un regalo ¿un regalo? claro princesita un regalo y quiero acostarme contigo y te la imaginas encima de ti con el pelo suelto sus tetas durísimas y mojada tan mojada que pareces de agua tú eres de agua déjame

tomar agua de tu pozo sin fondo y me arrodillo y empezará a llover y le dirás tú eres Tota yo soy Tabo dos viejos pánicos jugando a la vida beberé tus flujos cósmicos y estuve buscando mi alma en tu hueco caliente te perdiste en el túnel del tiempo y ella reía tú estás loca yo estoy loco soy un caracol que se arrastra a casa que recorre cada pliegue de tus intestinos soy un caracol soy un caracol eras un caracol JAAD eras un caracol ahora no eres otra cosa que un pobre diablo que compra y vende libros a domicilio que subes unas escaleras cochambrosas mierderas y mierdosas.

Llegué a la azotea.

Una puerta.

Sobre la puerta un *No* pintado de rojo. Y una frase de Dostoievsky: *Me mataré para afirmar mi insubordinación, mi nueva y terrible libertad.*

Cogí aire. Tenía que reponerme. Me estaba convirtiendo en un viejo de treinta y cinco años. Me soplé la nariz. Visualicé la verga de un caballo. Ese eres tú, JAAD, indómito corcel que cabalgarás sobre la sábana y la sabana aterciopelada de una piel primorosa. ¡Oh, gran unicornio infatigable!

Me quité el sudor de la frente y el sarro de los dientes.

Por fin toqué.

Abrió la puerta.

Borracha.

Desnuda.

—Estoy haciendo Body-art, tengo una vulva de coloes y esta noche me voy a suicidar —dijo.

En cada mano un pincel. Un pezón rojo y otro azul. Me quedé mirándola con descaro. ¿Cómo fue

posible que el burro profesor se acostara con aquel encanto? Estaba fumando marihuana.

—Te ibas a suicidar, princesita. Ya no. Mira lo que traigo para ti.

Abrió los ojos. Gritó. Se me tiró encima. Me dio un beso en la frente y luego en los labios. JAAD estará hecho polvo pero resucita. Apenas me rozó tuve una erección. Muy bien, niño malo, ella va a decirte *pasa* y tú pasarás y dentro de diez minutos estarán uno dentro del otro.

—Pasa —dijo.

Palomar con paloma pensé. Palomar derruido, carcelario, milagroso.

—Me llamo Paloma.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Lugar común: vives en un palomar.

—¿Y tú cómo te llamas?

—JAAD.

—Ya lo sabía.

—¿Por qué?

—Lugar común: tal para cual.

Nos reímos. Dos locos a diez pisos sobre el nivel de la ciudad. Su cuarto era pequeñísimo. Todo de madera. No había baño. Una puerta conducía a la azotea. Asomé la cabeza.

A lo lejos, el mar.

—No tengo dinero pero quiero el libro.

—Es un regalo.

—¿Un regalo?

—Claro princesita un regalo y quiero acostarme contigo.

Me dió ron y me pasó la marihuana.

Me dijo que me quitara los zapatos. Para entrar en mi cuartucho hay que amar la vida, vivir sin miedos ¿te gustan mis poemas? Me señaló una pared. Había de todo. Lorca, Eliot, Mandelstam, Casals, Pavese. Escribí algo mío. Claro que sí, JAAD, tu nombre debía estar al lado de esa gente.

Me senté en el piso. Se sentó frente a mí. ¡Ah, que bien! Me mandó tu profesor ese descarado cara de buey y picha de merengue yo tenía diecisiete y me acosté con él porque me dio la gana me gustaron sus cincuenta años después se volvió un cínico todo el mundo es cínico tú también ¿verdad, JAAD? Un poco sí qué le vamos a hacer y se ríe y te da un beso y sentí el calor de sus entrañas a través de su boca ¿te quieres acostar conmigo? claro le dijiste claro que sí princesita si antes de conocerte ya quería acostarme contigo e imaginé que rodábamos por el piso y te subías arriba de mí y te abrías para mí así estuvimos una hora dos horas tres hoas y jugáabmos a vivir uno dentro del otro y tú te reíste y nos paramos en el alero para volar y me dirías soy una paloma empújame y te empujaría y serías libre.

—¿Todo eso está en tu mente? —preguntó abriendo los ojos y las piernas.

—Sí. Cuando no soporto más me encierro dentro de mí a soñar.

—Tócame. No soy un sueño.

Toqué sus teticas. Bajé la mano. Toqué su pubis. A lo lejos escuchaba el mar y entre mis dedos sentía cada pulsación de las olas.

—Dicen que estoy loca. A lo mejor tienen razón. ¿Estoy loca? No sé, pero cada día quiero vivir menos allá afuera.

—La imaginación es el verdadero reino de la libertad.

—Déjame tocarte.

—Tócame.

Tocó y pintó mi cara. Tocó y pintó mi cuerpo. Pintó líneas y círculos sobre su piel que se erizaba. Se convirtió en erizo y hundía en mi deseo y mi sangre sus púas punzantes.

Quise entrar por su vagina y salir por su boca manchada de amarillo. Boca grande manchada de amarillo. Entrar por su vagina y salir por el otro lado del univeso.

—Vamos a jugar a Tota y Tabo —dijo de repente.

Corrió hasta los libros que tenía amontonados en un rincón y sacó *Dos viejos pánicos*. Comenzó a leer. Tabo ¿Qué? Vamos a jugar. No. ¿No? ¿Y qué haremos? Recortar y quemar. Sí, Tota, hay que quemar a la gente. Ayer quemé doscientas, y hoy pienso quemar quinientas. Paloma se reía. Siempre juego a Tota y Tabo yo también ¡qué raro ¿verdad?! no ha nada raro JAAD todo se conecta ella y tú su vida y tu muerte tu muerte y su vida ella que es Tabo tú que eres Tota vamos a jugar y jugaron.

Sacó otro cigarro. Bebimos. Cantos Gregorianos. Incienso. En la azotea se recostó al muro. Se inclinó. Abrió las piernas. No pensé en otra cosa que hundirme dentro de ella, que entrar suave y después con fuerza. Con fuerza, JAAD sin miedo y

con fuerza que hoy es el último día del mundo. Ella gime y tú la besas y tú gimes y ella te besa y el aire y el sol y el cielo nublado y vista hermosa de una ciudad que se pudre y me hundo te hundes nos hundimos y te subo al alero y ella que ríe aquí te quiero lamer morder chupar comerme tus entrañas parecía un ángel serás un ángel siempre un ángel que todo el mundo pase y te vea desnuda y que lo vean a él hurgando como zapador en tierra minada voy a explotar explota princesita y explotaría una y mil veces más y estarían allí los dos hasta que llueva y la lluvia los dejó acurrucados con frío y se darán calor como yegua y caballo limpiándose las heridas.

—Empújame. Quiero volar. Vamos JAAD, empújame.

—No.

—Empújame.

—No.

—Empújame.

—No.

Y se levantó a buscar los binoculares. Vamos a ver el crepúsculo. El sol cayendo dentro del mar, allá a lo lejos, y barcos en la bahía y pescadores somnolientos y rojo sobre gris. Nos besamos. Me dijo que era muy triste morir sin ver el mundo. El Mundo. ¿Cómo es el Mundo? Le hablé de Madrid. ¿Estuviste en Madrid? ¿Por qué regresaste?

—Por amor.

—¿Por amor? ¿Amor a quién? ¿Amor a Cuba?

Amor a la patria. Extraño sentimiento. Pasión enfermiza. Delirio que somete y libera. Ser rey y esclavo.

—Por amor a una mujer, parece ridículo ¿verdad?

Le dije un poema de amor y un poema patriótico: *El trapo heroico* de Poveda. Vimos a lo lejos la bandera de la estrella solitaria. Demasiada soledad. El frío de las estrellas. Muerte cósmica. El frío de Casal. Hablamos de Casal. Se había leído toda su poesía. Por supuesto, aquel verso: *tranquilo iré a dormir con los pequeños*.

Miró hacia la calle. Quería volar. Todo su cuerpo quería volar. JAAD lo sabía. Se le acercó y la abrazó. Podía escaparse en un segundo.

—Cuando te vayas me tiro. Voy a volar y dormiré con los pequeños. Mi cabeza contra el asfalto. ¿No te gusta esa imagen?

La besé.

Ya era de noche.

—Vete, llegó la hora.

—*Un hombre rebelde es un hombre que un día dice no* —dije de memoria el comienzo del libro.

Quedó en silencio.

—¿No te alegró el regalo? ¿No querías tenerlo?

Temblaba. Puro temblor por dentro y por fuera.

—¿Cómo es que te vas a matar? Ellos están locos, nosotros no.

Seguí hablando para distraerla.

—¿Sabes lo que quise hacer cuando terminé de leerme *El hombre rebelde*? Escribir *NO* en todas las paredes. Salir a la calle y pintar *No* en todas las paredes. ¿Te imaginas, Paloma? un *NO* que iba a entrar por los ojos y quedarse en la conciencia de toda la gente.

Miraba al horizonte. Ya no me escuchaba. Se alejó de mí. Me dejó en el muro y regresó al cuarto.

—Vimos el crepúsculo, Paloma, y tenemos que ver el amanecer.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Vamos, Paloma.

—Vete.

—Dale, princesita. Vamos a jugar otra vez a Tota y Tabo.

—Vete.

—¿Qué me vaya? ¿Por qué?

—Vete. Hoy es el último día del mundo.

El mundo estaba loco y nosotros cuerdos. O al revés. No importa. De todas formas no teníamos otra opción: ser felices en medio de la guerra. Se lo dije.

—Es una frase muy linda. Yo necesito acción. Vete.

—*Basta de palabras. Un gesto. Una acción* —dije imitando la voz de un narrador de radionovelas.

Fue otra vez hasta el rincón de los libros. Me trajo un libro de Cesare Pavese.

—Un regalo.

—¿Un regalo?

—Sí, un regalo. Y quiero que te vayas.

—No estás hablando en serio.

—¿Por qué no? ¿Cuánta gente se mata todos los días? Se pegan candela, se ahorcan. Yo quiero volar.

Ser libre mientras se está cayendo, pensé. También somos unos exiliados en la tierra de la imaginación. Ya nada sirve de nada.

—Paloma...
—No te pongas patético. Vete. Escríbeme un poema.

Y me fui.

Recordé al profesor. Al profesor que estaba loco de remate.

Quise quedarme. Insistí. Ya no se reía. En la azotea quedaron los pinceles, el óleo, la paleta, los libros.

Y me fui.

Y nunca la olvidé.

Y te escribí un poema.

Bajé las escaleras. Pensé que se iba a desplomar el edificio. Esquina de Cuba y Desamparados. Una esquina más. Una esquina cualquiera del mundo.

En cada escalón me reía, Paloma. En cada escalón lloraba, Paloma.

Te escribí un poema y jugué a Tota y Tabo mientras bajaba. Despacio. Cuando llegue a la calle quiero que hayan pasado diez años, pensó JAAD. Hay que pensar peligrosamente. Te imaginé otra vez. Te vi otra vez. Otra vez entramos uno dentro del otro para escapar y escaparnos. Tú eras bella y paloma, Paloma. Tú fuiste bella y paloma, Paloma.

Cuando llegué a la calle era de día.

Vi el cuerpo en el asfalto.

Su cabeza rota. Su boca grande pintada de amarillo.

Tocaba tus alas de paloma, Paloma. Tus alas rotas.

Alguien gritó. Alguien se asomó a una ventana.

Te besaba, Paloma. Besaba tu pico ardiente de paloma, Paloma. Te vi caer en ese momento. Te veía caer. Te veré caer.

Un gallo cantó.
Me arrodillaba otra vez para comerme tu fresa.
Te abría las piernas. Quería ver el Aleph. Quería
ver el insondable universo.

Y vi el sol. Me vi a mi mismo caminando rumbo
al mar.

Cerré los ojos.

Cerraría los ojos para recordar.

No tenía otra opción, Paloma.

No tendré otra opción, Paloma.

No tengo otra opción.

Recordar y recordarte, ser feliz en medio de la guerra.





DEL AUTOR

JORGE ALBERTO AGUIAR DÍAZ (JAAD) (La Habana, 1966). Escritor y poeta. La mayoría de su obra está inédita. Publicó en *El Espectador* de Bogotá, y en la revista *Casa de las Américas* una entrevista al poeta y narrador Eliseo Diego. Es asesor literario y fundador de los talleres de narrativa *Salvador Redonet*, *Carlos Montenegro*, y del Laboratorio de Escritura Creativa *Enrique Labrador Ruiz* y del Taller Literario *Juana Borrero*.

DEL ILUSTRADOR DE CUBIERTA

DAVID SANTA FE (San Luis, Pinar del Río, 1958). Graduado de nivel medio en la EIA de su provincia natal, ha participado en exposiciones colectivas en Cuba; y además, en el Festival Cuba-Ribas, (Italia, 1999). Ha ilustrado revistas y libros. Obras suyas se encuentran en colecciones nacionales y extranjeras.





ÍNDICE

¿Cómo hacen el amor los patos? / 7
Putas en miniaturas / 38
Cielo sobre Havana / 50
Adiós a las almas / 62
Paloma / 76

DEL AUTOR / 87

DEL ILUSTRADOR DE CUBIERTA / 87



